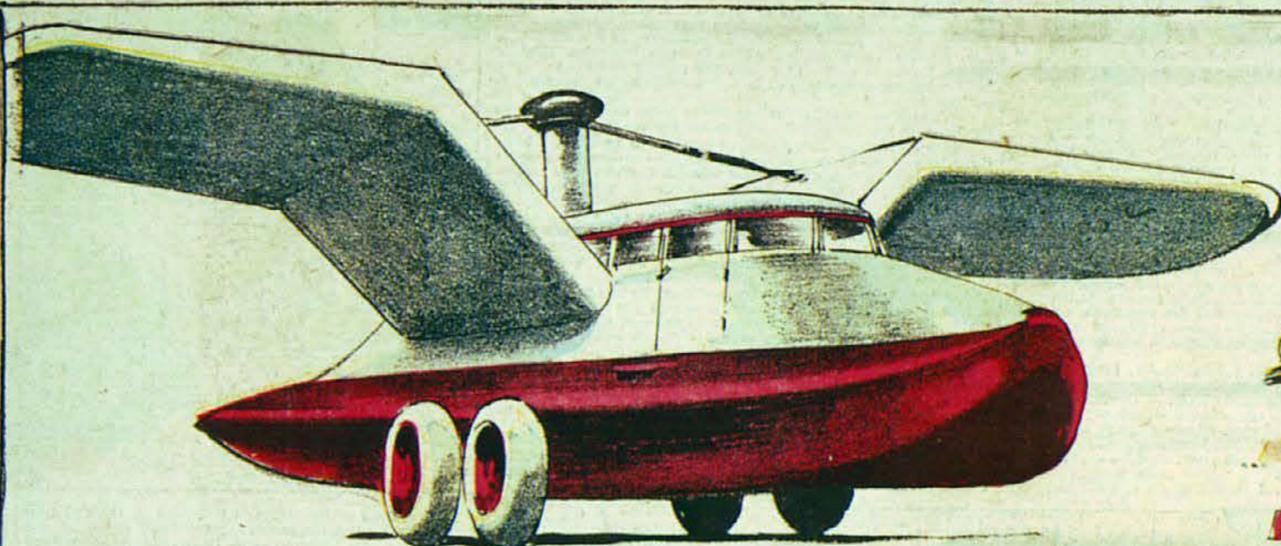


VISTO Y OIDO ★ Los Bombardean con Botines ★ por PREMIANI



Los cálculos científicos permiten asegurar que la famosa estrella que guio a los Reyes Magos era simplemente el cometa **HALLEY**.

El último invento alemán en aviación, presentado en una exposición en Berlín, es este aparato que sirve indistintamente para volar, navegar y correr por tierra.

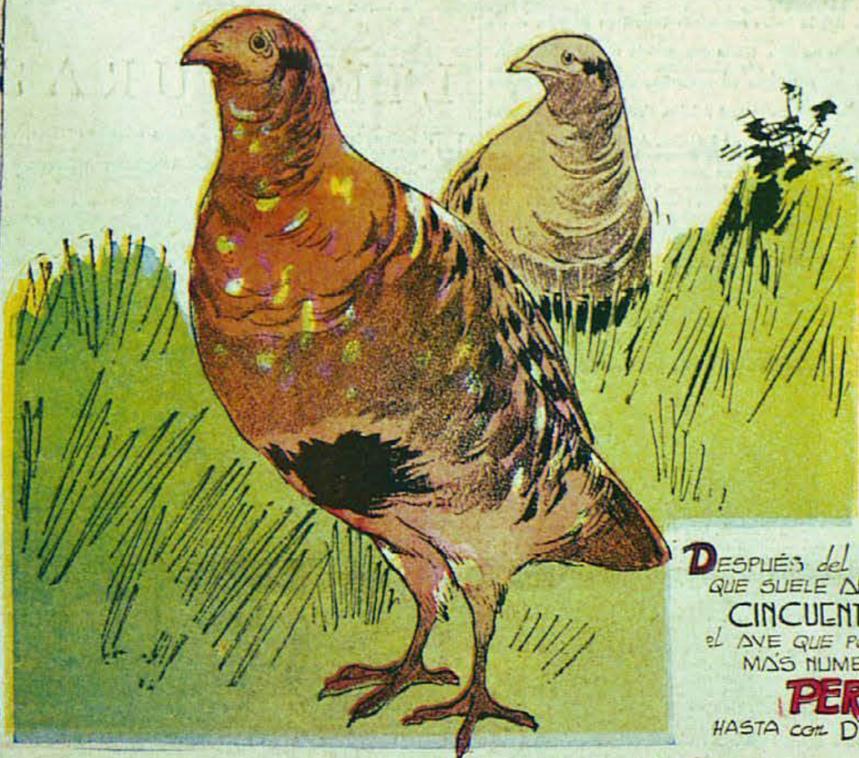
Además de puñados de arroz, los ingleses arrojan a los recién casados un par de botines viejos, para que sean felices.



El gran músico **BRAHMS** nunca usó corbata. Se la ahorcaba con una barba larga y tupida.



A pesar de ser considerado el viernes el día nefasto, fue viernes cuando **COLON** zarpo de palos, viernes cuando descubrió la América, viernes cuando emprendió el regreso a España, viernes cuando volvió en su segundo viaje y viernes cuando descubrió tierra firme.



Después del **AVESTRUZ**, que suele anidar hasta cincuenta huevos, el ave que pone la nidada más numerosa es la **PERDIZ**, hasta con diez y ocho.

30 PESOS VALE LA MUERTE

POR

ALEXANDER

ILUSTRACION DE PEDRO ROJAS



TERMINO de leer un volumen de cuentistas norteamericanos. Había un gesto de rabia y desaliento en su rostro cuando volvió la última hoja. En realidad, todos los cuentos le parecían magníficos.

—¡Bah! — dijo, sin embargo.

Cerró el libro con violencia. ¡Gran siete! — murmuró entre dientes. Le había gustado. Claro que le había gustado. Lo que me da rabia, pienso, es que uno no pueda...

Hizo ademán de abandonar el colectivo. Debí causarle mala impresión al conducir el tono con que le pregunté cuánto era.

—Veinte centavos, caballero.

—Veinte centavos! El tranvía cuesta diez. Pero se vengó.

—Dígame cambio de diez pesos.

—¡Nun tiene más chie!?

—Ni cinco.

Decidido, tras comprobar que no le había robado en el vuelto. El colectivo arrancó violentamente.

—¡Ajá! — dijo.

Volví en dirección al camino que había tomado el colectivo. Una spirala como para horadar la carpeta. Rubricó así los numerosos insultos masculados.

—Veinte centavos! — Remedada al gallego — ¡Y caballero! ¡Cala-lle-ri-to! ¡Yo le vi...!

Cruzó la calle. Todo le daba rabia. Un desaliento general se había apoderado de su carne y de su espíritu. Se sentía débil, impotente.

Entró en el café por la puerta giratoria. La empujó violentamente. Para colmo de males, la hoja que venía detrás de él le golpeó en la espalda, causándole un agudo dolor. Apretó los labios, pero se abstuvo de pronunciarse palabra. Se contentó con pensarlas. Después se dirigió a su mesa.

Sólo faltaba que esté ocupada, pensó.

No. No estaba ocupada. En cambio, Ismael aún no había llegado. Se sentó. Transcurrió un minuto vacío de pensamientos. Se dispuso a llamar al mozo cuando éste se acercó, trayéndole un café.

—Buenas, señor.

—¡Buenas! ¿Buenas qué? ¿Qué mozo idiota. Gallego y hasta, dijo entre sí. ¿Es que estaba obligado a encontrarse con puros gallegos ese día? Primero el dueño del chófer. Ahora éste. Sólo falta que venga Magariños, y los tres lo metería juntos en...

—¡Macanudo! ¿A los tres lo metería juntos en...?

Se acercó Magariños. Con su sonrisa pegajosa, su cigarrillo apagado adherido al labio inferior y su paquete de libros.

—¿Qué tal, amigo?

Todo eran amigos suyos, según él. Vendía libros baratos, que llevaba en un paquete envuelto en papel azul eternamente manchado de mantequilla y café con leche. Se creía un erudito. Citaba autores, títulos, casas editoriales. Todo con gran suficiencia, como si en verdad entendiera algo.

—Ya veo, ya. Llegó tarde, como de costumbre. ¿Qué lleva ahí?

Le mostró el libro. De buena gana le hubiera insultado. Otros lo hacían, pero en broma. El no tenía la suficiente confianza. Además, lo hubiera insultado en serio.

—Diez cuentistas norteamericanos, leyó el otro. ¡Ah, sí! Lo tenía, pero se me agotó.

—¿Qué lo iba a tener? No lo debía conocer ni por las tapas. Su desgraciado "stock" comprendía varias insulsas novelas de Dely, algunas estupideces por el estilo y, de tanto en tanto, el éxito literario del momento, fuera bueno o malo.

Una vez le había comprado un libro. Le habían hablado tanto de "Sin Novedad en el Frente", de Remarque, que se decidió a comprarlo. Le pareció apenas regular. Inferior a otros libros sobre la guerra. Leonard Franck, como autor, es mejor.

Le pagó los cincuenta centavos. Jamás le compró otro volumen ni pensó en hacerlo. El maloliente librero "comprendía".

—Usted quisiera otras cosas, ya. Usted lee "literatura". Acentuaba la palabra. Ya veo, ya. Pero el público es muy bruto. Resulta cómico oírle decir eso precisamente a él. Uno tiene que vivir, continúa. Hay que vender porquerías.

Era evidente que él jamás había leído malo ni bueno. Pero ¿a qué discutir?

—Me da fuego?

La alcanzó su cigarrillo. El otro lo tomó entre sus temblorosos dedos, y encendió el pucho. Después de agradecerle, se fue.

Tiró el cigarrillo, con asco y rabia. Siempre sucedía lo mismo. Magariños no se confundía con pedir fuego. Apretaba el cigarrillo ajeno entre sus inhumanas manos, antes de devolverlo. Jamás había podido seguir fumando después. Le repugnaba.

Con todo, pronto desapareció su rabia. Le invadía, en cambio, una pena suave, una dulce tristeza que casi le hizo llorar. Sentía compasión de sí mismo. Se sabía, o por lo menos se creía tan desgraciado, que sentía lástima de sí propia persona. Eso mismo debía ocurrirle otras veces, pero nunca con tanta sinceridad. Debía hacer esfuerzos para evitar que le saltara una lágrima. Bebió lentamente un café, encendió un nuevo cigarrillo, y se puso a pensar.

En realidad, no había otro remedio. En largas sesiones de soledad, encerrado consigo mismo en los nueve metros cuadrados de su altillo, había tenido tiempo de analizar concienzudamente su situación. Todas sus posibilidades de felicidad habían desaparecido. También eso lo había resuelto en prolongados soliloquios transcurridos entre media noche y la salida del sol, envuelto en el humo del cigarrillo o de la pipa, recostado en su cama. De nada sirvieron los llamados a la buena voluntad y al sentido común que le hiciera la almohada en las interminables horas de sueño frustrado. Había tenido en consideración — así creía al menos — todos los pros y los contras que cabían a su situación. Y estaba firmemente resuelto a poner fin a todo.

Si había determinado suicidarse. No veía otra solución, desde que Ismael le sugiriera, en broma, que debía hacerlo, poco más de un mes atrás. Antes nunca lo había pensado. Cuando Ismael se lo dijo, sonrió como quien ya lo hubiera decidido mucho antes. Pero no era así. Fue después, al volver a su casa, que empezó a hacerse carne en su mente la macabra idea. Un mes de soledad, de análisis y de insomnio lo habían decidido. Se suicidaría.

Una de las bolas del billar cercano saltó fuera de la mesa, y distrajo su atención. Los que jugaban eran más o menos conocidos suyos, como la mayoría de los clientes del café. Desde hacía mucho tiempo, todas o casi todas las noches, a la misma hora, venía a sentarse en esa mesa en compañía de Ismael o de algún otro muchacho. Era viejos amigos del dueño. Este solía acercarse a ellos. Los llamaba "mis mejores clientes". No porque gastaban demasiado. A veces se pasaban toda la noche sin pedir más que dos o tres cafés cada uno. Pero Rodríguez sabía, en cambio, que tanto él como Ismael eran "literatos" o algo así. Solía decirse a algunos clien-

tes, con cierto orgullo. Además, Ismael le había dicho una vez que no podía inspirarse si no escribía en papel con membrete del café "Las Flores". Con eso logró congraciarse con el dueño y procurarse gratuitamente papel. El otro se lo facilitaba gustoso y hasta honrado de poder hacerlo. También solía jugar al billar con Ismael, y aunque siempre perdía, Rodríguez se consolaba diciendo:

—Es que usted juega con mucha inteligencia. Para eso es literato.

Sonrió. Su sonrisa duró muy poco, y no fue más allá de los labios. No estaba con ánimo para sonreír verdaderamente, con ganas.

Entró Ismael. Tenía cara de contento. Habrá hecho un buen negocio, pensó Adolfo. Le fastidiaba bastante su amigo, desde que se había recibido de abogado.

Ahora le molestaba, por ejemplo, el tono de suficiencia que usaba para decir cualquier cosa, por estúpida que fuese. No es que lo hubiera adquirido junto con el título. Siempre hablaba así, incluso cuando podía hacer algún favor. Pero antes era menos agresivo.

—¿Cómo te va? — Le dió la mano. Hacía más de un mes que no lo veía. Desde aquella conversación en que le había sugerido, bromeando, que se suicidara. Ismael se fue a Montevideo, según le escribía, estaba gestionando el divorcio de una dama copulada que, "en un momento de inconsciencia", según ella misma declaraba, había contraído enlace con un aventurero borrachín que le rogó que se suicidara. Ella se divorció, y los millones de su copulada esposa se resistía a concederle el divorcio. Ella lo anhelaba, para poder casarse con un bailarín profesional al que conoció en un "dancing" nocturno. Le prometió a Ismael el oro y el moro si lograba separarla legalmente de su aprovechado marido. A eso había ido él a Montevideo.

—Parece que estás triste, dijo Ismael. ¿Qué te pasa?

No le pasaba nada. Por lo menos, a nadie interesaba lo que a él podía pasarle. Se contentó con decir: Nada. — Después preguntó:

—¿Qué tal el asunto de la vizcondesa y el bailarín?

—Ahí están, — respondió el otro. Ella se divorció, pero parece que ha renunciado a entrar con él. Ahora le gusta otro, no sé quién. En cuanto al vizconde, aceptó cien mil pesos, concedió el divorcio, y se fue al Brasil, no sé para qué.

—¿Así que el beneficiado...?

—Necesito treinta pesos, se limitó a decir. Y tengo sólo nueve ochenta.

—¿No te pagan en el diario?

—Muy mal. Se han atrasado en casi tres quincenas.

—¡Hubieras dicho, hombre!

Sacó la cartera. Era la primera vez que Adolfo le veía usar cartera. La compré en Montevideo, explicó. Tiene guardaciones de plata, y está fabricada en cuero del mejor. ¿Y sabes cuánto me costó? Asómbrate: ¡Un peso y medio oro uruguayo!

Sacó un billete de cincuenta pesos. Bromeó: ¡Tienes veinte pesos de vuelto! Y se lo dió en seguida, para que no creyera Adolfo que le decía en serio.

Este no sabía si era por alarde que aquél lo hacía, o porque él nomás. Pero se guardó los cincuenta pesos.

—Me los devolverás cuando te recibas — dijo Ismael.

—¿Habla ironía en sus palabras? Adolfo se resistía a creerlo. Debía ser un chiste, simplemente. Toda su tragedia consistía en eso, precisamente. En poder recibirse. No por falta de dinero. El médico le había prohibido estudiar. Habían cursado juntos el nacional. Juntos ingresaron en la Facultad de Medicina. Al cabo de dos años, Ismael le propuso un día dejar medicina para estudiar derecho.

—En La Plata se puede terminar la carrera en dos años — le dijo. Además, los profesores son mucho más benévolo. ¿Qué te parece? Robles se recibió hace poco. ¿Te acordás de Robles?

Lo había reconocido. Por lo demás, medicina no le satisfacía demasiado.

—Aquí sólo progresan los que tienen plata, como médicos. En cambio, para progresar como abogado hay que ser inteligente.

Ellos eran inteligentes. Se habían inscripto en La Plata, y hasta Constitucional dieron examen juntos, con buen resultado. Después empezó a sentirse mal, y a no poder estudiar. Consultó a un médico. Le dió una serie de cosas. En esencia, que era conveniente que abandonara los estudios, al menos por un tiempo. Tenía cierta debilidad mental, que el médico atribuía a causas que él no entendía muy bien. Así fue que Ismael continuó dando exámenes, y hacía un año que se había recibido. Él, en cambio, no volvió a rendir desde que obtuvo aquel distinguido en Constitucional. Habían pasado más de dos años desde entonces.

Afortunadamente, podía trabajar. Obtuvo un puesto en uno de esos diarios que salen a medianoche, se venden a la madrugada y se titulan diarios de la mañana. Tenía a su cargo la sección de Telegramas del Exterior. Recibía dos cables en sobres envueltos desde la agencia, les quitaba todo aquello que contenía de tendencias o comprometedor, los titulaba y después armaba la página en el tabl. Ese era su trabajo, y por ello le pagaban 150 pesos mensuales aunque no muy puntualmente.

Ismael no le preguntó para qué necesitaba el dinero. Por lo demás, no podía decirse que en realidad fuera un préstamo, sino una devolución. Muchas veces debieron ayudarse mutuamente en tiempos en que estudiaban juntos. Haciendo cálculos, resultaba que Ismael estaba en deuda con él, que merced a sus relaciones tenía más facilidad para colocar colaboraciones en diarios y revistas. Era "el



—El beneficiado soy yo, — dijo sonriente Ismael. Ahora puedo descansar tranquilamente un par de meses.

Desde el primer momento lo notó. Adolfo no podía asegurar cuánto, pero era indudable que su amigo había ganado muchos miles de pesos. Pero esperaba el momento oportuno para pedirle los veinte pesos que quería hablar de algo mientras tanto.

Ismael empezó a hacerle un relato de las cosas vistas de los lugares visitados. No le prestó demasiada atención. Parecía que se había divertido en grande durante el tiempo que estuvo gestionando el divorcio de la ex vizcondesa. Además, había hecho una serie de compras ventajosísimas.

—No te imaginas — alcanzó a oír — lo barato que es la vida en Montevideo. Por lo que aquí podés comprar apenas un mal traje, allá te vestía de pies a cabeza. Si alguna vez te decidís a ir allá, no dejes de visitar la tienda...

—¡Idiota! ¿Para qué querría él visitar tiendas, ahora que tenía resuelto suicidarse? Sólo un negocio le quedaba por visitar. La armería, que quedaba a la vuelta. Había visto allí unos lindos revólveres por veintiocho pesos con cincuenta, con una carga completa. El sólo usaría una bala. Estaba seguro de no errar. Ya lo tenía pensado. En la sien. Aquí. Frente al espejo, había señalado con el dedo el lugar en que se pegaría el balazo, e incluso había ensayado usando el índice como cañón y el dedo mayor como gatillo. ¡Pum! Y se acabaría todo para siempre.

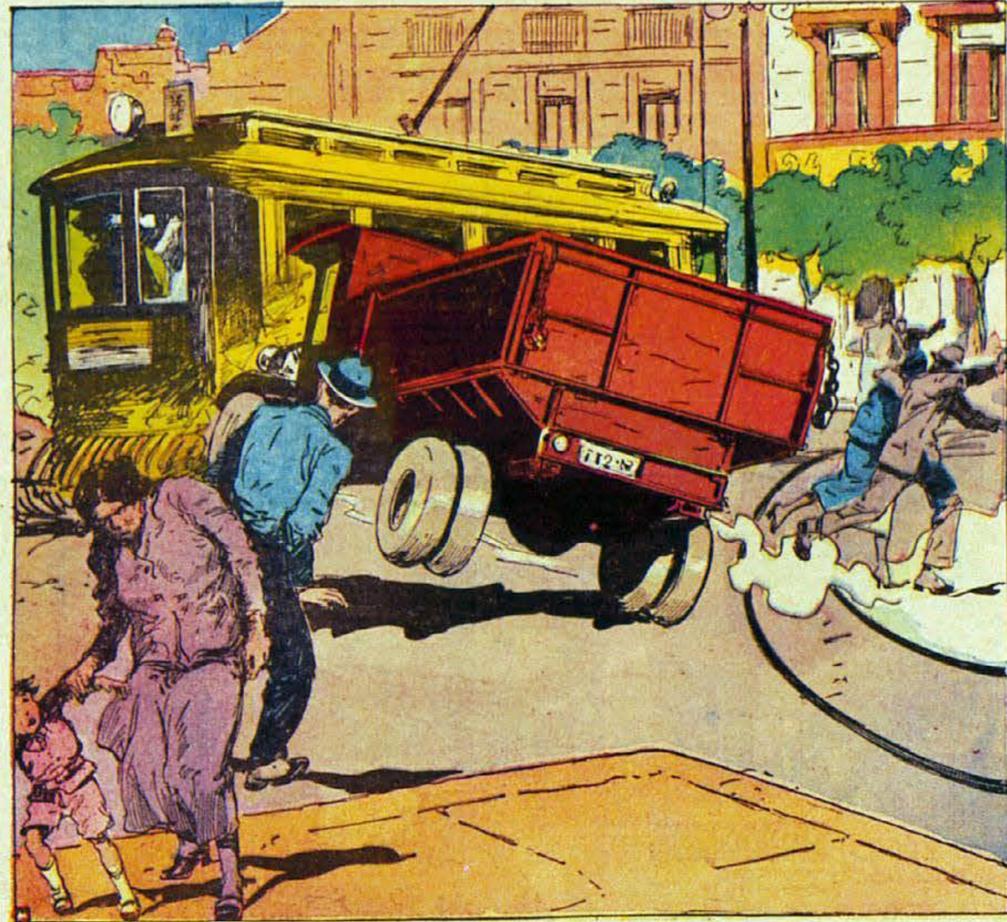
Debí notar algo que le pasaba algo raro, porque insistió.

—Che, a vos te pasa algo. Creí que por lo menos me abrazarías después de verme tanto tiempo. Y te quedás callado.

—¿Qué necesidad tenía él de hablar? No diría a nadie una palabra. Al principio había pensado en un suicidio espectacular. No por la forma de llevarlo a cabo — se pegaría un tiro en la sien, sencillamente — sino por cómo daría cuenta de él. Escribiría el mismo la crónica del suicidio, y la nota necrológica, y la enviaría por correo al diario en que trabajaba. Aspiraba con ello a vengarse de la vida, que tan duramente lo había tratado en sus veintiocho años de ambular por ella. Pero después resolvió que era una idiotez. Se insultó grandemente por su costumbre de hacerse el interesante, hasta en la hora suprema de abandonar el mundo. Pensó que hasta para vengarse de la vida era mejor una muerte silenciosa. Así verían todos lo poco que le importaba vivir o no. Se mataría tranquilamente, a conciencia. Tan tranquilamente y tan a conciencia como había adoptado su determinación.

—¿Necesitás algo? — preguntó Ismael. Decílo nomás.

—Necesito. Algo necesito, sí. Paz. Tranquilidad. Los treinta pesos para comprar un revólver, con el que conseguiría aquéllas.



—¿A cuántas columnas iría la noticia de su suicidio? ¿A dos? ¿A tres? Pondrían una fotografía, seguramente.

Ismael volvió. Tengo que ir al centro, le dijo. ¿Me acompañas?

—No puedo.

—¿Tienes franco hoy?

—Sí, — mintió. Pero tengo que hacer. Andá solo.

—Bueno, chau.

Pagó y se fue. Adolfo recogió los cigarrillos. Saludó con un gesto a Rodríguez, y salió, con su libro bajo el brazo. Se sentía tranquilo. No tenía ningún apuro. Tampoco le tenía miedo a la muerte, como para apresurarse en unos cuantos minutos. Llegó a la esquina. Dobló hacia la derecha. El negocio quedaba a mitad de cuadra. Desarrollaba actividades múltiples. Había radio, fonógrafos, revólveres, escopetas y relojes. También había un taller de afilación. Un gran cartel luminoso, ya encendido, anunciaba su existencia.

Entró. Le pareció conocida la cara del vendedor. Hasta que lo atendieron, se detuvo mirando las vitrinas. Al cabo de un rato, se acercó el dueño.

—¿Qué desea, mocito?

—¡Mocito! Lo miró, indignado. Claro. Se parecía al chófer del colectivo. Ahora lo advertía claramente. Con razón le resultaba una cara conocida! Quizás fuera el hermano de aquél. Sólo que no era gallego.

—¿Qué deseaba? Lo aplastaría con la impotencia de su pedido. No deseaba, por supuesto, un paquete de hojas de afeitar. Ni un despertador. Deseaba otra cosa.

—¿Cuanto cuesta este revólver? — Señaló uno, negro, lustroso, en una de las vitrinas.

El vendedor lo tomó entre sus manos, con cuidado. Miró una tarjeta con letras misteriosas escritas en uno de sus lados. Hizo unos cálculos mentales. Después dijo:

—Setenta y dos pesos.

—¿Cuánto? Más bien lo pensó que lo dijo. Pero lo hizo en voz alta. El otro lo miró, extrañado.

—Setenta y dos pesos, repitió. Es barato.

El médico le había dicho a Adolfo que el año siguiente podría reanudar sus estudios, si se cuidaba. El tenía cincuenta y nueve pesos. El revólver costaba setenta y dos.

—Es mucho, dijo.

—Tengo otros más baratos, contestó el vendedor. Y se dispuso a mostrarlos.

—No, dijo Adolfo. Me gusta este. Y señalando una vitrola, preguntó:

—¿A cómo vende esa vitrola?

—Sin vacilar, contestó el otro:

—Treinta y ocho pesos, con cinco discos a elección.

El médico le había dicho que seguramente el año próximo podría volver a estudiar. El tenía cincuenta y nueve pesos, y la vitrola se vendía en treinta y ocho, y todavía daban cinco discos, a gusto del comprador.

Se sintió casi contento, de repente. ¿Podría mandarla a mi casa? — preguntó casi sin pensarlo.

—Como no, señor.

—¿Señor! Estaba reivindicado. Antes le había dicho mocito. Pero él no deseaba un paquete de hojas de afeitar. Ni un despertador. Deseaba una vitrola, y que se le mandasen a su casa, pagando por adelantado. Era un señor. Además, el médico le había asegurado...

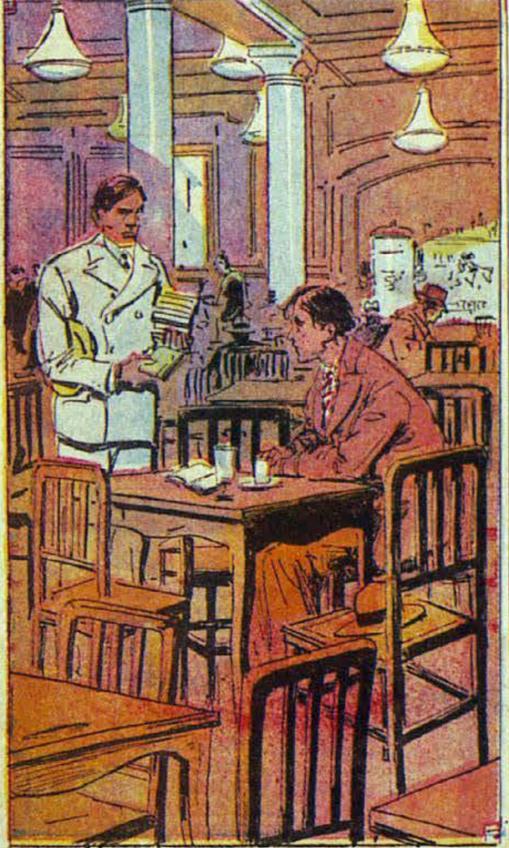
Pagó sonriendo, y se dispuso a salir. Lanzó una exclamación. El choque era inevitable. El camión marchaba a excesiva velocidad. El tranvía se detuvo de golpe. Pero el camión se le iba encima. Volvió a entrar al negocio. Un gran estrepito de vidrios rotos, primero, y algunos ayes, después, confirmaron la violencia de la colisión.

—¿El teléfono, por favor?

—¿Señor! ¿Señor! El vendedor corrió hacia la calle. Adolfo llamó. Le respondieron en seguida. Con el secretario, rápido, por favor. ¿Hortá! Habla Moran. Mande en seguida un fotógrafo a Rivadavia al siete mil. Si. Un choque violentísimo. Creo que hay muchos heridos graves. Tendremos la primicia. Las sextas ya no alcanzarán a darlo. Yo le haré la nota.

Salió. Sonriendo, se acercó al lugar del hecho. Acababan de llegar dos agentes de policía. Había muchos curiosos.

—Periodista, — dijo. Y se dispuso a averiguar los datos.



—El año que viene! Mentira. Bien veía él que el doctor se lo decía para consolarlo. Nunca podría volver a estudiar. Tenía la seguridad.

Los comercios estaban aún abiertos. Era tarde ya para ir al diario. Poco le importaba, en todo caso, que fuera o no. El nunca volvería a recibir telegramas, ni a titularlos. En cambio, Lazarte debería titular la noticia de su suicidio, que el secretario en persona — de eso tenía la seguridad — iba a escribir. No iría a la sección de Policía, seguramente, como cualquier suicidio vulgar. Quizá fuera en primera página, con los asuntos del día. "Una tragedia íntima llevó al suicidio a uno de nuestros mejores redactores". Sonrió con cierto orgullo. "... uno de nuestros mejores..." ¡Claro que lo era! La sección de Telegramas se le confía sólo a un tipo de criterio e inteligencia reconocidos. Con todo, estaba harto de recibir y titular cables. Le gustaba hacer policía. Allí — de tanto en tanto se le presentaba una oportunidad — podía desplegar sus altos valores imaginativos y literarios. De tener a su cargo esa sección, encargaría los asuntos de acuerdo a su exclusivo criterio, sin consultar a nadie, situándose en cronista-detective. Como en Norte América.

LIMADURAS

UN insigne latero le dijo una vez a James Whistler: "Hola, Whistler, hoy pasó por su casa".

"Gracias, señor, gracias", replicó Whistler con fervor.

Hace algún tiempo un ladrón fué arrestado en fraganti en la residencia de una señora de Washington; en una comida, poco después, ella refirió el caso al juez Oliver Wendell Holmes.

"Fué derecho a la cárcel a conversar con el ladrón", decía con toda buena fe. "Le dije que su modo de vivir era aborrecible y cuánto más feliz sería si se reformaba. Le hablé durante dos horas".

"Pobre hombre", murmuró Holmes. "Pobre hombre!"

Cuando el naturalista Thoreau estaba por morir, una tía piadosa le preguntó con gran interés:

"¿Qué has hecho, Enrique, para estar en paz con el Señor?"

"Yo no sabía que estuviéramos disgustados", fué la respuesta.

ECONOMIA: El modo más absurdo de malgastar la plata.

Una autoridad en el modo de conducirse al comer chochos, dice: Hay que atacarlos con el mínimo de ferocidad.

Las mujeres guardan un secreto de dos maneras: O no vale la pena guardarlo, o es demasiado bueno para guardarlo.

En los ferrocarriles hay dos clases: una, la primera; otra, con niños.

Ciertas personas piensan que el genio es hereditario y otras no tienen hijos.

¿Es usted soltero o preocupado?

Un calvo tiene menos pelo que peinar, pero más cara que lavar.

GAUCHO NEGRO



LOVIA torrencialmente cuando los perros notaron la presencia de Flavio en la tranquera. Regresaba a la estancia después de una ausencia de larga duración. Todos podían capturar trivial el hecho, menos don Roque Segovia, que tenía una peculiar manera de sentirse vivamente impresionado con la inesperada visita de aquel difunto... Costábase a don Roque gran violencia disimular su asombro, y más arduo esfuerzo pensar que Flavio Segovia, el antiguo esclavo de su padre, vivía aún, siendo que él hacía años de años considerábase devorado por los rodones y caranchos del desierto. —Pero, es creíble, Flavio! ¡Ah, mandinga...! ¿Cómo es que resolló tuavía?

El hombre de color permanece en actitud militar, parado frente a don Roque, mientras el agua le chorrea por el gris cabello lanoso, por la visera negra del rojo kopl, la desechada chaqueta azul y el blipón colorado, y las resacas de botas de puma. Trae una breve pausa, dice sencillamente, en su ya clásica media lengua: —¿Ha visto su melé? Tolavía no me han muelto, a Dios gracias... —¿Ya veo? Y, decime, ¿dónde de ande venís?

—De la fronteira... Tuve en un piquete. —¿Enganchado? —Algunas veces... También fui de la mazolca. Últimamente taba al servicio del coronel Bayos.

—Y te desartaste. —No, amor; me han dao de baja... Porque si yo seguía en el piquete, salido a la victoria, pronto me quedaba un salvaje contra quien dilgij las operaciones de campaña.

—Eso te dijo el coronel Bayos. —Si pú, eso mismo me asiguó. —Entonces broma y serio el coronel no te ha dicho más que la verdad. Ya me figuró los bárbaros que habrás degollado en tantos años de frontera y de mazorca...

—No quiero alabarme, pelo, qué diente, riñutando las cabezas de los heles y los cristianos que he colto, se podían yenal algunas cayetas.

Y al evocar los degüellos, las "muertes gauchas" que ha perpetrado bajo distintos cielos y climas, una sonrisa feroz — tal vez de la del antropólogo — dilata sus labios gruesos y caldos, imprimiendo a los horizontales ojos cierta animación fosforescente, al par que un movimiento espasmódico a las salientes mandíbulas, y que parece atenderse a la plastrina azul de la estrecha frente y a la piel negro opaco que cubre su cara angosta y larga. Naturalmente que el ojo avizado del naturalista, bajo el cráneo dolicocefalo, en la renegrida faz, vería transparentarse el alma negligente, cruel, astuta, laxa, del hombre del bosque que, si bien sospechase un carácter maldad, posea a veces una peligrosa mansedumbre. Pero, ¡tan lejos estaba don Roque de vislumbrar el ser anímico de su esclavo! Su progresiva miopía intelectual no le permitía jamás aventurarse más allá del hombre externo. Simpatizaba, practicaba el culto de los falsos héroes. De ahí que la razón del hombre blanco se rebelase hasta el nivel de la fealdad. Nadie hubiérase atrevido a afirmar en su presencia, invocando la autoridad de sabios en la materia: que el alma del negro es sensible e impresionable... Y por su inferioridad racial y su poder mental, se equipara al niño, siendo como éste sensible al trato afable y capaz al mismo tiempo de llegar a la gratitud y la abnegación. Mas, por carecer de reflexión, fácilmente también en el rencor vengativo y torname cruel y sanguinario. Como a la vez, pocos leoran que en su medio selvático practica la hecicería y el fetichismo más repugnantes y grotescos, al par que cree en la fatalidad y en el destino. Donde se explica que predominando en él el instinto y el sentimiento, cambia tan fácilmente el país nativo por el de adopción.

País de segunda mano... Porque, patria él no conoce... Entiéndase bien: patria tiene el genio moral e intelectual, el hombre superior y el hombre de bien. País, área de dispersión, tienen los espíritus inferiores, entre los que se destacan los profesionales del patriotismo...

Sin embargo, para don Roque, el ex esclavo constituía algo así como una viviente reliquia, un caso ejemplar de virtud patriótica, un ser emparentado a todos los excelsos heroísmos, en fin, un bello producto de las mitologías políticas de los tiempos pasados. Tiempos de declaraciones hiperbólicas... Naturalmente, idolatra del héroe en su expresión más burda, alimentaba un gran menosprecio por todos los hombres cultos que no olleran a pólvora y masacre. Y es posible reaccionara violentamente contra el iluso que se permitiera especiarle un monólogo como el que sigue.

—Está usted en un gran error, señor Segovia. El hecho consumado, las acciones, poco importan... Lo esencial es el móvil, el resorte íntimo de esas acciones. Nuestra Historia... bueno... Pero, ¿es que ya se ha escrito Nuestra Historia? Cuidado, señor, he ahí el tremedón... Encaminemos nuestros pasos a la tierra firme, hacia el lugar común... el de verdad, no el de mistificadores. Tomemos un héroe común, del montón... ¿No ve, don Roque? Fummos a poner las manos sobre su héroe particular, Flavio. Bien, ¿qué importa que haya sido un auténtico esclavo, si en moneda de heroísmo pagó su libertad? Y, ¿cómo el chocar de las armas y los cuerpos es heroísmo? ¿Cómo es que en los altos momentos de la historia, de la belleza y la santidad no abren las negras y rojas flores de la heroicidad carnífera? ¡Ah, quién sabe! Pero, ¿por qué ese gesto adusto, don Roque? Señor, esos celajes conductores del rayo, del teotorio igneo que fulmina, no son de estos tiempos de pararrayos... Retornemos a los ex heroísmos. Y como ejemplo, tomemos una gloriosa carrera de las armas. Esto fue en 1806. En la vida heroica de una nacionalidad; el comienzo de reacciones armadas, que engendraron en lo sucesivo poderes absolutistas, cacicazgos pacíficos o sanguinarios, pero siempre inferiores. Estamos asomados a las cumbres de la ciudad irrisoria. Los hielos soldados del Witeoldke amenazan invadir la ciudad. Cuando el pavor en los primeros instantes. Luego, el contagio moral se produce y, alegremente los hombres de la ciudad abren zanjas; las mujeres derriten plomo y calientan aceite... Hay quienes se arman de cascotes... ¿Se preparan para una batalla sangrienta a una fiesta de bálsamos? Flavio ha sido, con Almagro, abridor de zanjas y se acoplara después a los godos y criollos que manda Liniers, el precor general nacionalista... Se entabla el combate en las calles. Flavio tiene que luchar contra los ingleses y contra el casacaón de su amo que le queda holgado en extremo... Producción la carnecería, la victoria es de los godos y los criollos; los negros y las negras, en la victoria, se quedan esclavos obtienen la libertad; entre éstos cuéntase Flavio; ¡viva la patria! ¿Qué patria, don Roque? ¿La de los godos? Cuidado... otra vez el guadal... ¿Torna su héroe a las escuelas, señor Roque? Imposible... El héroe no tendrá que vender mazamora, tortas, aceitunas, secadores o dulces en el momento de la liberación. Ciertamente que el batallón de "Pardos y Morenos" a partir de entonces estará recargado de trabajo... ya que mozos mal entretenidos fraguarán revoluciones, puebladas, anárquicos tumultos y guerras, siempre al grito de ¡viva la patria! ¿Qué patria? Señor, descóbrase usted esta vez; la Patria Argentina, ¿eh? ¿de donde ya no saldrá el yirrey... Y los turbulentos, acalorados días sucederán en el tiempo, en la patria recién nacida... Y el país pampeano, y el país quichua, y los desfiladeros andinos, y las selvas hidrópicas de la tierra roja, madre de los ríos enormes, necesitarán del gaucho cobrizo, del gaucho blanco, del gaucho negro, siempre que los gauchos hayan aprendido su oficio de soldados. ¿Oficio? ¿Y el santo heróico, entonces?, preguntará don Roque. ¡Ah!, es que Flavio Segovia no conoce ya otro medio de vida que el pelear para comer y el comer para pelear... Desde luego, cumple así el axioma biológico de comer para vivir. Además, no se necesita ser un vidiente para ver que en cierto momento de su vida subvencionaria el país carece de héroes. ¿Será que todos se dedican al oficio de las armas, señor Roque? Si el país no puede con tanto matarife, reembarque al antiguo hotentote; no asimile al africano; no lo transforme en un gaucho negro. ¿No ve que este gaucho negro puede representar la fuerza ciega, todo lo anacrónico y lo absurdo que por dispendiosas herencias y adquisidas, mañana ascenderá al volumen de tormentas anárquicas que aprovechará a algunos subalternos y bandoleros? Instinto puro, sentimiento sin inteligencia que le sirva de brújula y timón, su héroe, señor Segovia, es instrumento de muerte en manos de caudillos, que descamisán al país y asesinan a la patria al grito de ¡viva la patria! y, ¡todo sea por la salvación del país! ¡Sistema brillante, curiosa manera de transformar esclavos en hombres libres! Héroe de contrata, cuando el caudillo alzado de la campaña lo arme, lo enhorqueta sobre un caballo, atropellará al caudillo manso de la ciudad. Alternativamente se batirá en la montonera revolucionaria o en la montonera electoral. Entonces la ciudad no podrá atravesar celos de... ¿Por qué? ¿Por qué ha peleado acaso como un insubma, o búfalo feroz, de la Caferria o el Kordofan? Ha peleado mucho y eso es todo, don Roque. Y según su concepto simplista de la patria, ésta está en deuda con el gaucho hotentote... Entonces partecéle la pampa, el país y el bandó, tanto como la cálida tierra transoceánica, en su hijo único, el héroe. Y el "ene" exterminador, precisamente, en el momento psicológico acaba de aparecerse, como resucitado de entre los muertos. Don Roque sabía por instinto, por afinidad espiritual, que Flavio jamás lo traicionaría. Lo conocía mejor que a su perro más fiel, tenía la certidumbre profunda que si algún otro individuo se atreviera a disputarle la caudillería, bastaba una insinuación para que su guardaespaldas le "bajase el sebo" con el pretexto más fútil, en la primera riña de zallos o "cuadreras" que se efectuasen en la Azotea Grande o en la Azotea Chica de Rincón del Toro. Para tales "achurias", como se llaman, el negro podía contar con la impunidad que el blanco le brindaba.

Nunca había sido hombre de aspiraciones elevadas, don Roque Segovia, pero sí de ambiciones lucrativas y de predomina mandarinaresco... Ambiciones que se acentuaban más y más a medida que en él se iniciaba la regresión orgánica, que fatalmente implica la involución intelectual. Su conducta, en apariencia inobjetable y la posesión de extensos campos a una y otra margen del Salado, invenciendo su propia mala suerte, le daba un prestigio que él mismo se daba derecho a pretender el mando; poníase en condiciones inobjetable para tepear a los cacicajos máximos. ¡Por qué que no había alcanzado ya la cima de su quimera gaucha? Tal vez porque hasta entonces — misero detalle — no contó con el guardaespaldas, el matón de confianza, el sujeto interdicional que le serviese elegantemente: especie de alter ego, adaptándose a su fútil alucina, el héroe. Y el "ene" exterminador, precisamente, en el momento psicológico acaba de aparecerse, como resucitado de entre los muertos. Don Roque sabía por instinto, por afinidad espiritual, que Flavio jamás lo traicionaría. Lo conocía mejor que a su perro más fiel, tenía la certidumbre profunda que si algún otro individuo se atreviera a disputarle la caudillería, bastaba una insinuación para que su guardaespaldas le "bajase el sebo" con el pretexto más fútil, en la primera riña de zallos o "cuadreras" que se efectuasen en la Azotea Grande o en la Azotea Chica de Rincón del Toro. Para tales "achurias", como se llaman, el negro podía contar con la impunidad que el blanco le brindaba.

Tenazmente, como el vellón del carnero adhiérese el abrojo, la sombra de Flavio confundíase con la del aspirante a mandón de campaña. En los escasos meses que desempeñaba su oficio de guapo, el fiero hotentote había cometido dos o tres murcias y repartido algunos taleritos y cuchilladas, sin ulteriores consecuencias para su inta-

—Por eso será que le tapa todas las barbaridades. Yo digo... Pero en una de esas, dejóse normal al time... ta sentenciao. ¿No ve que todas las muertes fueron mal hechas? —Mira, venajero el getudo... Sin embargo don Roque no hace más que ponerlo como quien solía. Dice que es una reliquia... Dejuro porque lleva su apellido.

—Es que apelativo o marca es lo mismo... ¡Reliquia! Güena tiendre pa chupar caña de la Habana cuando le pagan la güita. —Bah, ha sido un excelente soldado, eso no se le puede quitar al moreno.

—Pah, todos hemos sido soldados capaces de no hacerlos ascot al peligrero... Todos nos hemos guasquiao tierra adentro contra los caciques bravos y sus indios desalmados y valientes como demonios. Y hasta nos hemos achurado entre nosotros mismos, los cristianos. ¡Pa qué total, pa que otros se adornasen... Pa que los flacos criasen sebo y mondonco.

—Claro, pues. Se han cometido muchas injusticias. —Muchas. Tantos, qué cuasi no hay mfrido en haber arrastrao el sable y la tacuara... Total, pa no llegar a comandante... ¿Le sirvo otra cañita, don Lucas?

—Sírvame, Y hablando de otra cosa, parece que este año don Roque piensa fundirse. Ya haciendo unos aporotes bárbaros pa celebrar el nueve.

—Chismes, don Lucas, no es tan redondo el serrino. Segovia sabe culmar su platita. Claro, ta haciendo algunos gassitos. De aquí han acarriao algunas bolsas de harina; algunas latas de dulce; algunos cajones de cohetes y una porción de barricas de vino; damajuana de caña y faridos de ropa hecha. Yo me alegro por el pobrerío que va a rezojar.

—Como cuántas vaquillonas con cuero pensarán asar? —Una punta. Habrá carreras de caballos, carreras de embolsaos, arrija, riña de gallos, baile y tabaco... Yo digo que Segovia no hace todo eso de ser patriota nomás.

—Yo digo también, Maliceo que lo hace con su más y su menos.

gridad física. Con estos actos de repugnante servilismo: si se quiere de coraje excesivo, impaciente... la personalidad política de don Roque se agriantaba, crecía en prestigio terror. El terror que es tierra fecunda en aboles malignos y en ponzoñas, rástreras hierbas. Mas, ¿qué importa que el terror en sí resulte el más execrable método de propaganda electoral? Con tal que el aquilido coniga inundar sus garras en la codiciada presa. Desde la llegada del ex soldado a la estancia, frecuentemente resenlase la autoridad del mayoridmo ante la insolencia del africano que iba corrompiendo la disciplina de los mensuales, con sus incitaciones al juego, al beberaje y a la holgazanería. Ya que al gozar él de carta blanca, no hacía nada útil ni dejaba hacer. Los días que su amo permanecía en el curio, engrillado por algún repentino ataque de reumatismo articular crónico, el guardaespaldas se estaba horas enteras al sol, echado sobre un cuero de oveja, observando al parecer el vuelo de las moscas y fumando un tras otro cigarro de chanclo, que según él, producían sus efectos retrospicivos, alucinaciones de la seña negra... en el país nativo, donde son adoradas las arpietas y están siempre al alcance de la mano los melones de agua...

Frente al enrejado, don Lucas Arenaza, estanciero de Rincón del Toro, paladeaba su cañita mañanera, al tiempo que vjeteaba un poco.

—¿Hace mucho que nu anda puauqi Segovia? —A lo que responde el pulpero de la Azotea Grande con su acostumbrada negligencia.

—Le ví decir, don Lucas, a ver, estavo... sí, pa las carreras del tobiانو con el alazán tostao. —Solo? —Qué esperanzal, siempre con el lado... Con ese cuero asealno que cualquier día cierra el pico sin saber cómo...

—Es muy atrevido el moreno ese... Yo no sé... Parece que me lo ha embrojado a don Roque. Tiene mala bebida. Lo ha comprometido ya varias veces. ¿Pa qué lo tendrá?

—Lo tiene de asistente... Pa mí que don Roque anda queriendo ser alcalde o un poquito más.



—No, pa qué decir una cosa por otra. Don Roque siempre jué muy patriota. Pero es que se puede honrar a la patria y hacer güenos negocios... Como invadidos por cósmicos susos, millones de soles parpadaban en la cruda noche invernal. Al reparo de los enormes, negros eucaliptos, tritaban las bestias. Sobre las techumbres de paja brava o de centeno, a cortos intervalos volaba el buho, graznando fútilmente y castañeteando el pico. Taladrando la noche, desde el pantano que alimenta con sus desbordes el Salado, llega la estentórea voz de la iruja que espanta el sueño de los hombres y que, como el buho, puebla sus insomnios de fatídicos y luctuosos presagios. También los perros unen sus pavoresos aullidos a las voces aroreras de la noche... Vozes, que como una racha de aire helado, de tiempo en tiempo, penetra súbitamente en la cocina, donde los hombres velan, para erizar sus cutículas epidermales y abrir un paréntesis de silencio melancólico en las pláticas del fogón. So Silverio, el mayordomo, se siente molesto y moviéndose sobre el cráneo de caballo, refunfuña por lo bajo: —¿Gran perra con las sabandijas... tan dejaretadas ésta noche. ¡Se habrá propalao caniar de contrapunto?

—Por lo que parece... hasta dura el maldito lechuzón eso, es el que demuestra tener mejor templeo el gassito... Mira que desde temprano nomás anda rondando.

Dicho esto, Bernabé deja el mate contra un tronco, a la espera de que se caliente el agua y continúa sobando el cuero de la garto que acaso en un lejano devenir, transformárase en tabacaca.

—Tarda en pegar la güita don Roque. —¿No lo habrá atajao algún fantasma? El patrón es medio lí-

—Biffón loco, no te abalances! — exclama riendo el aludido. Mientras, véase el mozo a explorar los alrededores. Qué extraño, Flavio no acepta bromas de nadie y tan luego permite que un muchachón alceado le aplique el mote de "cuchillero". Aplástase sobre un haz de vintaga a compaginar su pango, su májico cigarro de chanclo. De pronto, el pájaro que ofata la muerte hace oír su siniestro chirrido en el alero mismo de la cocina. Flavio deja traslucir en el semblante, todo el juncor superlativo que domina su alma primitiva, y se deja una mirada recelosa hacia la puerta que conduce a la noche... No Silverio, entonces, interrumpe su largo mutismo, para decir con ironía: Indio manoso y gasta mierra, con sus atadazos de ropas, restos de asado con cuero, achuras y pastales, marchan en todos los rumbos sobre los campos sin árboles donde se levanta el silencio cósmico. La fiesta declina. Mejor dicho, ha entrado en su ciclo de oscuración... aun cuando queda buen retazo de luz por gozar. —También quedan por abitar, excedentes de energía y de ardor cívico que se menester quemar... Es lo que hacen los mozos y las mosas maldad...

reando en marcharse, con el propósito de apagar el último grito y bailar el poster pericón, lucienz tabuleos blancos y castetes, recitando versos épicos... y cuartetos del refranero popular. Y reacciones suspicaces... saturadas de travessuras gauchas, que confinan a veces en lo zofa. Y las relaciones provocadoras de cruentas peleas. Y las que aluden al amor miedoso, bobalicon o al pleno de malicia, iracundamente descarado y bruto. Todo al son de las guitarras que dedos brujos arrematan. Vos de la guitarra que barrea estruendoso hasta la quinceña del ramadado, antes de rebotar en la acústica silvestre. Más allá de la ramadada, al margen de la estrecha cancha, aglutínase el intrépido crollaje buscando el desquite... la taba, ese velado, ese que arrebatada las unidades monacales, se las tendrá que devolver... Entre tanto, junto a los eucaliptos desahucados y entre el malezal tupido, algunos adormecen su hartura de carne, como los buitres. Y otros son presa del delirio alcohólico. Finalmente, en un vasto cuarto, hállanse reunidos junto a una derrenada mesa, don Roque, varios calzoneros de la ciudad y los vaqueiros más prominentes de la región. Entre uno y otro partido de apuestas, dedícanse a ponderar la fiesta y a despotricar sobre política lugareña:

—Pravéngole, don Roque, que más no se puede pedir. —No se verá por cientos de años una fiesta como la que nos ha dao hoy. —Excelentísima fiesta, señor Segovia. —Maravillosa, maravillosa. —Lo que yo estaba pensando... Nunca víe un 3 de Julio semejante. —Ni en Chacomós. —Sus güenos pesos le habrá costao, don Roque. —Que importa los pesos. Los pesos se van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

hinchados denuncian que ha estado durmiendo en vez de vigilar los saucos florones donde cueclan las merlas resaca de vaquillonas y corderos:

—Ta helando... Se va a ollar lindo la calbra. —Mejor. El asao dará menos trabajo. —La nave empesaba a pensar. Bernabé tornó a cebar el mate sin ensillarlo siquiera.

—¿Trubó, quería un lavao? —Tomalemos... Y, ¿el amo que no se le van las aspas? —Quién sabe — dijo Bernabé afectando indiferencia... Alguna partida de truco, el amigo entendiendo que nunca falta... la gineleira aqueceriadora.

—Me parece que se jué sin el nalankelo. —Sos autero, urubú. Bah, no se necesita el naranjero cuando se cargan otras armas... Semejante herramienta... calláte hombre, más bien estorba. —Y ese chus chus del pájaro enloquecido, no te hace pensal en nada...

—Dejólo al plus chus lechuzón... ta chairando al plico porque era que él también mañana estará de fiesta. Brutazo el lechuzón... Otaño, tomá el último lavao y dame el farol, víe ver si demientras vos tronchabas echao sobre los marcos, los perros no se han llevado la carne...

—¡Biffón loco, no te abalances! — exclama riendo el aludido. Mientras, véase el mozo a explorar los alrededores. Qué extraño, Flavio no acepta bromas de nadie y tan luego permite que un muchachón alceado le aplique el mote de "cuchillero". Aplástase sobre un haz de vintaga a compaginar su pango, su májico cigarro de chanclo. De pronto, el pájaro que ofata la muerte hace oír su siniestro chirrido en el alero mismo de la cocina. Flavio deja traslucir en el semblante, todo el juncor superlativo que domina su alma primitiva, y se deja una mirada recelosa hacia la puerta que conduce a la noche... No Silverio, entonces, interrumpe su largo mutismo, para decir con ironía: Indio manoso y gasta mierra, con sus atadazos de ropas, restos de asado con cuero, achuras y pastales, marchan en todos los rumbos sobre los campos sin árboles donde se levanta el silencio cósmico. La fiesta declina. Mejor dicho, ha entrado en su ciclo de oscuración... aun cuando queda buen retazo de luz por gozar.

—También quedan por abitar, excedentes de energía y de ardor cívico que se menester quemar... Es lo que hacen los mozos y las mosas maldad...

reando en marcharse, con el propósito de apagar el último grito y bailar el poster pericón, lucienz tabuleos blancos y castetes, recitando versos épicos... y cuartetos del refranero popular. Y reacciones suspicaces... saturadas de travessuras gauchas, que confinan a veces en lo zofa. Y las relaciones provocadoras de cruentas peleas. Y las que aluden al amor miedoso, bobalicon o al pleno de malicia, iracundamente descarado y bruto. Todo al son de las guitarras que dedos brujos arrematan. Vos de la guitarra que barrea estruendoso hasta la quinceña del ramadado, antes de rebotar en la acústica silvestre. Más allá de la ramadada, al margen de la estrecha cancha, aglutínase el intrépido crollaje buscando el desquite... la taba, ese velado, ese que arrebatada las unidades monacales, se las tendrá que devolver... Entre tanto, junto a los eucaliptos desahucados y entre el malezal tupido, algunos adormecen su hartura de carne, como los buitres. Y otros son presa del delirio alcohólico. Finalmente, en un vasto cuarto, hállanse reunidos junto a una derrenada mesa, don Roque, varios calzoneros de la ciudad y los vaqueiros más prominentes de la región. Entre uno y otro partido de apuestas, dedícanse a ponderar la fiesta y a despotricar sobre política lugareña:

—Pravéngole, don Roque, que más no se puede pedir. —No se verá por cientos de años una fiesta como la que nos ha dao hoy. —Excelentísima fiesta, señor Segovia. —Maravillosa, maravillosa. —Lo que yo estaba pensando... Nunca víe un 3 de Julio semejante. —Ni en Chacomós. —Sus güenos pesos le habrá costao, don Roque. —Que importa los pesos. Los pesos se van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que medra adulando a los federales y a los unitarios y dedícase con éxito relativo a la alta chicanería.

—Ah, bien; entonces, ya que en mí delegan tan honrosa misión... manifestaré lo siguiente: señor Segovia, los pesos a van... los amigos quedan y todo lo que por ellos se haga, ta recompensao por la amistad misma. Yo hubiera querido algo más. —¡Pero señor! —¿Tuavía más? —Hacer más, imposible. Demasiado pa sus amigos. Y ya que estamos hablando entre aparceros, sepa don Roque que nos tráime un cuatripao... pero, que lo diga el doctor Ramirez, él que tiene más labia.

El tal Ramirez es un abogadillo de la ciudad, petulante y obliquo, que med



Fragmentos

En el régimen del hombre culto deberían sucederse la música y la no música regularmente, como la vigilia y el sueño.

La vida es una enfermedad del espíritu.

Hay momentos en que los abecedarios y los manuales nos parecen poéticos.

Decir la vida es un sueño es decir que la vida es un pensamiento.

El filósofo vive de problemas, como de alimentos el hombre.

Una novela es una vida como libro. Cada vida tiene un epígrafe, un título, un editor, un prefacio, un índice, un texto, notas, o los puede tener.

Nada es más poético que las transiciones y las mezclas heterogéneas.

Los símbolos son mistificaciones.

La religión encierra infinita lástima. Sólo un Dios desvalido puede provocar nuestro amor.

Infinita lejanía del mundo de las flores.

Los sueños nos demuestran la maleabilidad de nuestra alma, su don de penetrar en cualquier objeto, de convertirse en él.

Estamos a punto de despertar, cuando soñamos que soñamos.

La vida humana no es un sueño, pero debe serlo y quizá una vez lo será.

Cada objeto adorado es el centro de un paraíso.

El alma necesita del cuerpo para engendrar y tal vez viceversa. Mística de esa operación.

La cópula es el ditirambo entre las operaciones del cuerpo.

La mayoría de los escritores son también sus lectores, mientras escriben, y por eso en las obras hay tantas huellas del lector, tantas reacciones, simpatías y comentarios, que corresponden al lector y no al escritor.

El lector distribuye el énfasis como quiere; hace lo que se le antoja de un libro.

Santificado por el Espíritu, cualquier libro puede ser una Biblia.

Se precisa una estética de lo malo, de lo mediocre y de lo vulgar.

El arte de escribir libros no ha sido descubierto aún, pero quizá esté a punto de descubrirse.

El tratamiento, lo exterior, la melodía del estilo, es lo que nos atrae a una lectura, lo que nos ata a tal o cual libro. El dueño de ese agrado no puede referir sin riesgo los hechos más insignificantes. Ejemplo: el Wilhelm Meister.

El ajedrez es una anécdota matemática.

Las composiciones breves de Shakespeare corresponden a la prosa de Cervantes o de Boccaccio: fundadas, elegantes, limpias, pedantes y completas.

Cualquier anécdota es poética de por sí.

La naturaleza es poética. También lo son el gabinete de un mago, un laboratorio, una pieza de niños, una cámara de tortura, un depósito.

Hacer novelas incoherentes, pero regidas por asociación, como sueños.

En el poema basta con la unidad de emoción.

El primer hombre es el primer visionario. Todo le parece fantástico. Cualquier niño es el primer hombre.

El mayor hechicero sería el que se hubiera hechizado a sí mismo, hasta pensar que sus propias hechizaciones eran sucesos imprevistos, autónomos. ¿No será tal vez nuestro caso?

¿No habrá en el otro mundo una suerte, cuyo resultado es el nacimiento en la tierra?

Hay que considerar la enfermedad como una locura del cuerpo.

Hechizar es enloquecer artificialmente. El mago es el artista de la demencia.

Museo de la Confusión

A NIMADO por cierta humareda de que fué autor Florencio Balcarce y parodiando al Eterno, pretendi dedicarme al timarismo a la crianza de la hormiga, el condor y el león. Una vez adquiridos estos tres animales domésticos, construí el mástil de amarre para el volátil, alquilé un montículo de tierra para el formidioso y una cavernosa habitación para el mamífero, inauguré con todo éxito el criadero, repartiendo chocolates Aguilá al condor, té tigre al león y estalactitas y otras menudencias empapadas en ácido fórnico a la hormiga. Los primeros dos o tres días todo marchó más o menos bien. El cuarto comencé mi desesperación: el león se balanceaba como un pendón flotante en el mástil del calvo morador; el volátil se había negado a la ración de chocolates y ganado la madriguera del mamífero gritando: ¡Este es el Grande! ¡Este es el Grandel, intermitentemente durante toda la mañana, mientras la hormiga, debido a no sé qué raras circunstancias, andaba con las patas llenas de espumas. Traté en lo posible de poner fin a esta situación amordazando al condor, depilando al león y retirándole con suavidad las púas a la hormiga. El quinto día, salvo una pequeña equivocación de mi parte, que colocó la cabeza dentro de la boca del insecto creyendo que era el depilado, transcurrió sin novedades. El sexto me quedé sin criadero. Compré estupefacto que el león se me había cubierto de hormigas y que el condor, cual hoja que pende de rama marchita, que batien los vientos, las aguas y el sol, anunciaba su caída con tembloras continuas. Desde entonces me dedico a la cría de animales más parejos y fáciles de alimentar, evitando los peligros de transformarme en proveedor de extrañas variedades de patos almeja, aves félix y mono colilodones.

En un discurso de Miguel de Andrea, pronunciado allá por el Centenario (no el parque) descubrí el siguiente pasaje: Arquímedes había dicho: que se me dé una palanca y un punto de apoyo y daré una vuelta al mundo.

No entrará a discutir el texto exacto de las palabras de Arquímedes, pero me parece muy raro que al denigrado elucubrase se le hubiera ocurrido de golpe y porrazo transformarse en un globe-trotter, un andarín o un radista consuetudinario abandonando la rueda dentada, el tornillo sin fin y el sitio de Siracusa, y menos aún con una palanca al hombro y un punto de apoyo en el bolsillo izquierdo del himatión. Interpretando ahora en otra forma las falsas declaraciones de Arquímedes, es decir, que tendía un punto de apoyo en cualquier planeta para levantar o mover el mundo a su antojo por medio de la palanca, dudo igualmente de los resultados, aunque el punto se encontrara en Marte y el fuera un Martiniño Leguizamón.

Cierto Mitridates de repetición es poseedor de una sección titulada Críase o Né, donde se expenden algunas milanesas fidalgas y otras adulteradas. En la correspondiente al día 5 de julio hallé el asombro que sigue: Después de la cama, el tren es lo más seguro del mundo. Y se agregaba: El ferrocarril registra un promedio de un caso fatal por cada 11.524.296 kilómetros de recorrido.

Empezaré diciendo que como sistema de locomoción, no creo que la cama resulte de lo más adecuado, pues las pocas veces que yo la he tomado para dirigirme a cualquier parte, he logrado siempre ser el primero en llegar tarde. Si se tratara de la camilla, entonces aceptaría lo de sistema locomotivo, por más que tienen el inconveniente de su recorrido tan limitado y de la escasez de líneas en explotación. Hablando ahora de las estadísticas mortuorias, me parece que la cama es lo más fatal que se puede pedir, y tan es así, que, salvo algunas raras excepciones de botines puestos, todos los perecederos han colmado sus aspiraciones sobre el diván, el triclino o la colechoneta. Hasta los más prudentes generales han encontrado el fin de sus días ligados al catre de campaña, ya debajo, ya encima de éste. No he tratado con todo esto de denigrar la catedral, ni nada por el estilo y menos en beneficio de las teorías ferrocarrileras del señor Ripley con las cuales estoy en completo desacuerdo. Ante todo, sospecho que dentro de la estadística milanesa se han omitido un sinnúmero de casos

fatales producidos por la máquina de perforar boletos, por el cambio de horario, por el fogonero, por la punta de rieles, por la boletería, por el libro de quejas, por el coche comedor, por los asientos pullman y por la campana de alarma.

En La Novela Semanal del 9 de julio, aparece un artículo debido a cierto doctor Ruffia y dedicado a la cultura física para bebés. De este curso para neñufares extrajío lo que sigue: También es muy conveniente hacer marchar al niño a pequeños pasitos sobre el busto de una persona mayor, preferentemente su madre. Hay que dar al niño un fuerte punto de apoyo, tomándolo bien debajo de los brazos. Se quedará sorprendido por el vigor que demuestra al realizar tal acrobacia. Tardará muy poco en caminar alegremente sobre la cara de la respectiva persona que, se entiende, está de pie al realizar ese ejercicio.

Se entiende que está de pie al realizar el ejercicio, pero yo entiendo también que estará de espaldas a los tres minutos y un quinto de haber comenzado el menear a introducir el dedo gordo del pie derecho en el lagrimal izquierdo de la persona que hace de alfombra y que debe soportar las intromisiones del calle plantar en la retina, los pasajes del talón por las amigdalas y el footing de los tobillos por los correaes, nasales y el pabellón de la oreja surda.

En El Hogar, del 6 de julio, se nos alecciona sobre las distintas formas de decoración y de interiores exóticos. He aquí una de las maneras de mandarnos un interior exótico dentro de la cochaca, el alcazar, la torre, el cottage o la intemperie que nos sirve de alojamiento: Unas cuantas raquetas colocadas sobre la pared con cierta gracia, unos remos dispuestos como recursos verticales de adorno, unas insignias de deporte y estilizadas, unos mapas estilizados de los campos del golf nacionales, o unos gráficos simplistas de los grandes circuitos turísticos, o unos modelos de canoas, baidros o buques a vela... He aquí infinitos recursos para crear un interior exótico, raro, adecuado para personas jóvenes que viven intensamente la quietud de un deporte idolatrado.

Indudablemente que no debe omitirse una radiografía de pi-

ragua, el perfil de un encantador par de botines de football, la silueta siempre siempre agradable de un palo de golf, un yo-yó estilizado, un monopatín en tricromía, un mástil olímpico como ornamento horizontal, un paño azul, una escafandra sobre fondo guila, un croquis a escala de las más frescas y deliciosas canchales de Son-Sun-Golf, un mapa turístico con los principales caminos que nos alejan de Villa Luro, una bandera idolatrada y, en fin, toda esa sarta de idóteces que hacen más aborrecible la hospitalaria vivienda del ranún con pantalones de golf.

En el Para Tí, del 19 de junio, me sucedió un cuento de César Carrizo que comenzaba así: De sobremesa, en aquel hotel de las sierras cordobesas, había empezado la partida de juego. Damas y caballeros en un recio entrevero de fichas, peleaban con la suerte, con tan denudado como los viejos centauros sobre el ángulo y los planos de las "cuchillas". La pasión del juego es absorbente, tanto como la política y el amor. Y es en la mesa de juego — donde ello sea una paradoja — donde se transparentan a flor de los sentidos las almas próceras y los espíritus plebeyos, las gentes que cabalgan en alto corcel y los sujetos pedestres.

Dejando a parte las inconveniencias de que los tabures jueguen al tateí, la brisca o el lido cómo viejos centauros, me parece que no es sólo en los casinos, timbas y otros recreos, donde las personas que cabalgan en alto corcel llegan a diferenciarse de los sujetos pedestres. Claro está que en una tómbola, una kermesse o en una sala de juego es donde más se nota la presencia de la persona que se introduce montada en brioso camello, espeso elefante o traído a babucha por un esclavo negro. Si bien es cierto que no permanece durante mucho tiempo en el interior del recinto, pues es rápidamente expulso, por lo menos hace notar la diferencia que existe entre su alma prócer y los espíritus plebeyos.

Por negligencia, o falta de medios, el Estado no tenía en las inmediaciones escuelas, falta que subsanó mi padre, cediendo gratuitamente una vieja habitación próxima a un camino vecinal, en la cual por infima suma, una maestra, cuyos conocimientos fueran quizá pequeños, pero grande su apremio por solventar sus necesidades, nos enseñó las primeras letras.

Veinte cuadras distaba la escuela de nuestra casa, distancia que recorrimos a pie, juntándonos en el trayecto, con varios primos, en cuya casa vivía la mujer que con sus lecciones primeras representó para nosotros una segunda madre. Ese trayecto, aunque largo, se hacía corto dada nuestra algarabía, como también porque se agregaba el placer de hallar nidos de cachilas u otros pajaritos, cuyos huevos tocábamos con el inocente propósito de comprobar si a mayor o menor grado de calor.

Nos cuidábamos de sacarlos y menos destruirlos, temerosos de desobedecer los consejos de mi madre, que nos los daba en forma que luego contare.

También hallábamos con frecuencia nidos con huevos color violeta, nidos que señalábamos en varias formas, a efecto de comprobar, día tras otro, si los pichones habían nacido.

Pero, ¡oh desilusión! de la violeta nidada de ayer, sólo hallábamos cascadas abiertas, como cárceles que hubieran descorrido sus cerrojos para dar a sus prisioneros, la libertad.

Sin duda, la previsora madre de inmediato los trasladaba a otro lugar, a cubierto de sobresaltos.

Hasta para el campesino más avezado, resulta difícil hallar pichones de perdiz, y aun creo no se sabe a ciencia cierta, si la madre los protege y cría un determinado tiempo, o en seguida de nacer los entrega a su destino.

Muchos teros, nos enseñaban los dardos de sus alas, que amenazaban siempre, sin atacar nunca, para distraer nuestras miradas del sitio donde sus compañeras incuban; sitios, por lo demás, difíciles de hallar. Por esto los campesinos dicen: "el zozno no encuentra huevos de tero".

En los meses de verano muchas víboras serpenteaban en nuestro camino.

El padre de mis primos era hermano del mío y sus cascas se encontraban frente a frente, a un kilómetro de distancia, en tanto que las entradas a los campos sólo estaban separadas por un polvoriento camino, sin árbol que diera sombra.



Una Infancia

EN el Uruguay, departamento de Colonia, en la parte que media entre Puerto del Sauce (hoy F. Lacaze) y la villa del Rosario, existe una zona próxima a las canchales del Mímano, de ferrocarrilera, llamada Colonia Cosmopolita, donde un día de invierno recibí esa linda broma de la naturaleza: la vida.

En habitación llamada rancho, con piso y paredes de tierra y techo de paja brava o cortadera, mecieron mi cuna.

Más tarde la tierra, que llamo generosa, recompensó el trabajo de mis padres y hermanos mayores; la casa de material, largo tiempo soñada, se levantó próxima al rancho.

Durante mucho tiempo, el rancho se mantuvo en pie, prestado abrigo a las aves de corral y a las personas que en el interior del rancho, cubierto mullido, y allí mismo donde manos como el rancho, muchas gallinas cobijaron bajo las alas los inquietos polluelos.

El ombú, no ofrece, como otros árboles, comodidades para colgar la hamaca, pero por eso despreciables la hospitalidad del que crecía junto al rancho.

Llegamos a sacarle la corteza, en gran parte, a fuerza de trepar. Por negligencia, o falta de medios, el Estado no tenía en las inmediaciones escuelas, falta que subsanó mi padre, cediendo gratuitamente una vieja habitación próxima a un camino vecinal, en la cual por infima suma, una maestra, cuyos conocimientos fueran quizá pequeños, pero grande su apremio por solventar sus necesidades, nos enseñó las primeras letras.

Veinte cuadras distaba la escuela de nuestra casa, distancia que recorrimos a pie, juntándonos en el trayecto, con varios primos, en cuya casa vivía la mujer que con sus lecciones primeras representó para nosotros una segunda madre.

Ese trayecto, aunque largo, se hacía corto dada nuestra algarabía, como también porque se agregaba el placer de hallar nidos de cachilas u otros pajaritos, cuyos huevos tocábamos con el inocente propósito de comprobar si a mayor o menor grado de calor.

Nos cuidábamos de sacarlos y menos destruirlos, temerosos de desobedecer los consejos de mi madre, que nos los daba en forma que luego contare.

También hallábamos con frecuencia nidos con huevos color violeta, nidos que señalábamos en varias formas, a efecto de comprobar, día tras otro, si los pichones habían nacido.

Pero, ¡oh desilusión! de la violeta nidada de ayer, sólo hallábamos cascadas abiertas, como cárceles que hubieran descorrido sus cerrojos para dar a sus prisioneros, la libertad.

Sin duda, la previsora madre de inmediato los trasladaba a otro lugar, a cubierto de sobresaltos.

Hasta para el campesino más avezado, resulta difícil hallar pichones de perdiz, y aun creo no se sabe a ciencia cierta, si la madre los protege y cría un determinado tiempo, o en seguida de nacer los entrega a su destino.

Muchos teros, nos enseñaban los dardos de sus alas, que amenazaban siempre, sin atacar nunca, para distraer nuestras miradas del sitio donde sus compañeras incuban; sitios, por lo demás, difíciles de hallar. Por esto los campesinos dicen: "el zozno no encuentra huevos de tero".

En los meses de verano muchas víboras serpenteaban en nuestro camino.

El padre de mis primos era hermano del mío y sus cascas se encontraban frente a frente, a un kilómetro de distancia, en tanto que las entradas a los campos sólo estaban separadas por un polvoriento camino, sin árbol que diera sombra.



ANIMULA VAGULA

El Nuevo Rico por H. Rodriguez



NOVALIS ILLUSTRACION DE PARGAGNOLI

UN SILBIDO EN LA NOCHE

L a estancia "Los Trebolares" estaba convulsionada. Los peones entraban y salían presurosos con los enseres del trabajo, del galpón grande, preparándose para el otro día, en que debía empezarse la yerra, la doma de los potros, el rejunte y el aparte de los vacunos y bovinos, pues al morir un mes antes don Gumerindo Ledesma —viejo estanciero y poblador de cuando aquellos campos eran pura pampa, y había que dormir con el arma cerca del catre para no ser sorprendido por el malón— se había hecho cargo de todo eso su único hijo Fernando, quien ex profesante se ha venido de Buenos Aires con un mayordomo extranjero para encargarse de todo y asumir a la vez la administración cuando leuden establecidos todos los bienes de la estancia, marchándose Fernando nuevamente a la capital, a ejercer su profesión de ingeniero.

Aunque Fernando es de un carácter un tanto mandón y hurao; por esta gente —pocas veces convivió con ellos, ni visitó con frecuencia la estancia durante sus vacaciones de estudiante— los peones tratan de hacerse simpáticos al "nuevo patrón". Además, trabajan afanosos porque saben que después de terminadas aquellas faenas, tendrán dos o tres días de fiesta, como es costumbre tradicional, si es que el mayordomo que ha venido no se opone a lo que el "finco" don Gumerindo permitía y participó siempre en estas ocasiones, como coronación al esfuerzo del trabajo de los paisanos a su servicio.

Don Anastasio y doña Ramona, con su hijo Aurora —nombre que le dió su padrino don Gumerindo— andan también en el traqueote de los preparativos. El primero en impartir órdenes y las últimas, las mujeres, con algunos peones, en los menesteres domésticos, a fin de que el patrón y el mayordomo recibieran buena impresión sobre el aseo e higiene de la estancia.

El viejo Anastasio anda con el cejo fruncido, dado a que después de veinte años de capataz "viene el gringo ese a querer poner las cosas al revés"—según expresión de él mismo— poniendo máquinas para ciertos trabajos de la escuela, cuando todo allí siempre se ha hecho a la vieja usanza, como era el gusto del "finco", para que todos los criollos se ganaran el churrasco. A más, desde el primer día que llegó a la estancia Fernando, echando el ojo a su hija, y eso no le pareció bien, siendo que sabe que dentro de unos meses se casará con una dama de Buenos Aires, y que si corteja a su hija es como burlarse en sus propias barbas. También sabe que Aurora y Manuel se quieren desde que eran "quises"; sólo que nunca se han atrevido a decirselo por temor a que no dé su consentimiento por creerlos jóvenes aún.

Manuel es el brazo derecho de don Anastasio, y el mozo más adiestrado en todos los trabajos: desde un pial de volcao hasta la doma del potrillo más chico. También entre los ratos de jarana sabe entretener a la peonada con su habilidad de guitarero y versador. Guapo y corajudo para todo lo que sea una injusticia, pero, ¡eso sí! prudente y poco amigo de hacer una acción que represente una compadradá.

Quedó huérfano a los diez años. Su madre era una santa mujer, cocinera de la estancia, que había sido abandonada por su marido cuando él era un "mocoso", no se sabe si por seguir a una china de otro pago o por su espíritu inquieto y poco afectivo e incapaz de permanecer mucho tiempo en un mismo sitio, pues muchas veces se perdía por varios meses, sin que nadie supiera nada de él, hasta que un día se apea de su

la fecha de su partida, le dijo resultante: —Mirá, Aurora: esta noche, cuando la peonada está de gran jarana o descansando en el galpón, yo te voy a dar un silbido desde la parva grande, donde te espero, para decirte con más tranquilidad una cosa que te conviene...

—¿Qué dices? —dijo imperativo y amenazador Fernando, queriendo agarrar de un brazo. —¡Jura Mataco! ¡Jura Tigre! Sólo nombró a dos de los más bravos, para que la demás cachorra se callara y volviera a su sitio. —¿Cómo se ve que hasta los perros me consideran casi un extraño!... —dijo medio sonriendo y mirando con cierta intención a los ojos de Aurora.

—Es que entuavía no le han tomado confianza —contestó ella con humildad y bajando la vista. —¿Y usted, al parecer, tampoco, no? Porque es lástima ver que le disparas a su propia mujer linda y capaz de hacer feliz a un hombre... —Comprendió Aurora además de iban a parar los elogios de Fernando, exclamando: —¡Ya voy mamá! Disculpe, patrón que me llamas. Con su permiso... —¡Vaya nomás, buena moza... —dijo Fernando, viéndola alejarse y con cierta expresión de placer en el rostro, como de triunfador de todo lo que siempre se propusiera.

—Pero así como Fernando apercibió los amores de ellos con su astucia de pueblerino, tampoco "pasaron de alto" para Manuel los requiebros e intenciones de Fernando, y más por guardián que por celo de su prenda, se puso en acecho para defender lo que por ley natural le pertenecía, convencido de que si Aurora lo complacía en atenderlo a Fernando, era más por no desairarlo y porque no se había propasado al extremo.

—Pasaron varios días en los rudos trabajos, quedando ya casi todo terminado, en tanto Fernando no había perdido oportunidad para acosar a Aurora en sus pretensiones de conquista. En su última entrevista, cuando se le aproximaba

—La noche iba cubriendo de sombras los campos. Por el espacio planeaba una que otra espaciosa castañeando un pie al pasar por sobre algún jineté. Y más arriba, haciendo contraste con el limbo ciego, de vez en cuando cruzan bandadas de patos silvestres, que se acorrian y alargan, formando monogramas caprichosos. Las gallinas, ya de regreso de los trebolares, unas caen y otras saltan, disputándose la mejor ubicación en la enramada del patio. Y de allí, de los corrales grandes se oye el melancólico mugido de los vacunos o el balido de los bovinos como un quejido lastimero, dando al ambiente un matiz de tristeza.

—En cambio, en el galpón, los peones dan una nota de alegría con sus dihas y risotadas, comentando los panceles o hechos ocurridos por algún jineté, o mozo de espíritu chacotón, haciendo olvidar por momentos el cansancio de aquellos hombres fuertes y sufridos para el trabajo y las intemperancias del tiempo.

—En la cocina de "las casas", empezaba doña Ramona, con la ayuda de Aurora, a preparar la comida para Fernando y el mayordomo. Los perros, con la sutileza de su olfato, empezaban a arremetarse hacia la cocina, buscando al mismo tiempo el tibio calor del recinto, impidiendo a veces la entrada y sacados a chirlos por Manuel, que se ocupaba en ese momento de acarrear leña para el fogón.

—En una de las salidas de Manuel hacia el patio, y sintiendo el chirrido de la roldana del pozo, divisó a Aurora, que estaba sacando agua. Corrió hacia ella para ayudarla y al mismo tiempo aprovechar para hablarla, ya que don Anastasio estaba por los alambrados y doña Ramona ocupada en la cocina.

—Decime la verdad: ¿pensás

—¿Qué dices? —dijo imperativo y amenazador Fernando, queriendo agarrar de un brazo. —¡Jura Mataco! ¡Jura Tigre! Sólo nombró a dos de los más bravos, para que la demás cachorra se callara y volviera a su sitio.

—¿Cómo se ve que hasta los perros me consideran casi un extraño!... —dijo medio sonriendo y mirando con cierta intención a los ojos de Aurora.

—Es que entuavía no le han tomado confianza —contestó ella con humildad y bajando la vista.

—¿Y usted, al parecer, tampoco, no? Porque es lástima ver que le disparas a su propia mujer linda y capaz de hacer feliz a un hombre...

—Comprendió Aurora además de iban a parar los elogios de Fernando, exclamando: —¡Ya voy mamá! Disculpe, patrón que me llamas. Con su permiso...

—¡Vaya nomás, buena moza... —dijo Fernando, viéndola alejarse y con cierta expresión de placer en el rostro, como de triunfador de todo lo que siempre se propusiera.

—Pero así como Fernando apercibió los amores de ellos con su astucia de pueblerino, tampoco "pasaron de alto" para Manuel los requiebros e intenciones de Fernando, y más por guardián que por celo de su prenda, se puso en acecho para defender lo que por ley natural le pertenecía...

—La noche iba cubriendo de sombras los campos. Por el espacio planeaba una que otra espaciosa castañeando un pie al pasar por sobre algún jineté. Y más arriba, haciendo contraste con el limbo ciego, de vez en cuando cruzan bandadas de patos silvestres...

—En cambio, en el galpón, los peones dan una nota de alegría con sus dihas y risotadas, comentando los panceles o hechos ocurridos por algún jineté, o mozo de espíritu chacotón, haciendo olvidar por momentos el cansancio de aquellos hombres fuertes y sufridos para el trabajo y las intemperancias del tiempo.

—En la cocina de "las casas", empezaba doña Ramona, con la ayuda de Aurora, a preparar la comida para Fernando y el mayordomo. Los perros, con la sutileza de su olfato, empezaban a arremetarse hacia la cocina, buscando al mismo tiempo el tibio calor del recinto, impidiendo a veces la entrada y sacados a chirlos por Manuel, que se ocupaba en ese momento de acarrear leña para el fogón.

—En una de las salidas de Manuel hacia el patio, y sintiendo el chirrido de la roldana del pozo, divisó a Aurora, que estaba sacando agua. Corrió hacia ella para ayudarla y al mismo tiempo aprovechar para hablarla, ya que don Anastasio estaba por los alambrados y doña Ramona ocupada en la cocina.

—¿Qué dices? —dijo imperativo y amenazador Fernando, queriendo agarrar de un brazo. —¡Jura Mataco! ¡Jura Tigre! Sólo nombró a dos de los más bravos, para que la demás cachorra se callara y volviera a su sitio.

—¿Cómo se ve que hasta los perros me consideran casi un extraño!... —dijo medio sonriendo y mirando con cierta intención a los ojos de Aurora.

—Es que entuavía no le han tomado confianza —contestó ella con humildad y bajando la vista.

—¿Y usted, al parecer, tampoco, no? Porque es lástima ver que le disparas a su propia mujer linda y capaz de hacer feliz a un hombre...

—Comprendió Aurora además de iban a parar los elogios de Fernando, exclamando: —¡Ya voy mamá! Disculpe, patrón que me llamas. Con su permiso...

—¡Vaya nomás, buena moza... —dijo Fernando, viéndola alejarse y con cierta expresión de placer en el rostro, como de triunfador de todo lo que siempre se propusiera.

—Pero así como Fernando apercibió los amores de ellos con su astucia de pueblerino, tampoco "pasaron de alto" para Manuel los requiebros e intenciones de Fernando, y más por guardián que por celo de su prenda, se puso en acecho para defender lo que por ley natural le pertenecía...

—La noche iba cubriendo de sombras los campos. Por el espacio planeaba una que otra espaciosa castañeando un pie al pasar por sobre algún jineté. Y más arriba, haciendo contraste con el limbo ciego, de vez en cuando cruzan bandadas de patos silvestres...

—En cambio, en el galpón, los peones dan una nota de alegría con sus dihas y risotadas, comentando los panceles o hechos ocurridos por algún jineté, o mozo de espíritu chacotón, haciendo olvidar por momentos el cansancio de aquellos hombres fuertes y sufridos para el trabajo y las intemperancias del tiempo.

—En la cocina de "las casas", empezaba doña Ramona, con la ayuda de Aurora, a preparar la comida para Fernando y el mayordomo. Los perros, con la sutileza de su olfato, empezaban a arremetarse hacia la cocina, buscando al mismo tiempo el tibio calor del recinto, impidiendo a veces la entrada y sacados a chirlos por Manuel, que se ocupaba en ese momento de acarrear leña para el fogón.

—En una de las salidas de Manuel hacia el patio, y sintiendo el chirrido de la roldana del pozo, divisó a Aurora, que estaba sacando agua. Corrió hacia ella para ayudarla y al mismo tiempo aprovechar para hablarla, ya que don Anastasio estaba por los alambrados y doña Ramona ocupada en la cocina.



—Vea Fernando... Yo... no puedo dir... donde dice usted. Además, mi tata...

—¿Qué dices? —dijo imperativo y amenazador Fernando, queriendo agarrar de un brazo. —¡Jura Mataco! ¡Jura Tigre! Sólo nombró a dos de los más bravos, para que la demás cachorra se callara y volviera a su sitio.

—¿Cómo se ve que hasta los perros me consideran casi un extraño!... —dijo medio sonriendo y mirando con cierta intención a los ojos de Aurora.

—Es que entuavía no le han tomado confianza —contestó ella con humildad y bajando la vista.

—¿Y usted, al parecer, tampoco, no? Porque es lástima ver que le disparas a su propia mujer linda y capaz de hacer feliz a un hombre...

—Comprendió Aurora además de iban a parar los elogios de Fernando, exclamando: —¡Ya voy mamá! Disculpe, patrón que me llamas. Con su permiso...

—¡Vaya nomás, buena moza... —dijo Fernando, viéndola alejarse y con cierta expresión de placer en el rostro, como de triunfador de todo lo que siempre se propusiera.

—Pero así como Fernando apercibió los amores de ellos con su astucia de pueblerino, tampoco "pasaron de alto" para Manuel los requiebros e intenciones de Fernando, y más por guardián que por celo de su prenda, se puso en acecho para defender lo que por ley natural le pertenecía...

—La noche iba cubriendo de sombras los campos. Por el espacio planeaba una que otra espaciosa castañeando un pie al pasar por sobre algún jineté. Y más arriba, haciendo contraste con el limbo ciego, de vez en cuando cruzan bandadas de patos silvestres...

—En cambio, en el galpón, los peones dan una nota de alegría con sus dihas y risotadas, comentando los panceles o hechos ocurridos por algún jineté, o mozo de espíritu chacotón, haciendo olvidar por momentos el cansancio de aquellos hombres fuertes y sufridos para el trabajo y las intemperancias del tiempo.

—En la cocina de "las casas", empezaba doña Ramona, con la ayuda de Aurora, a preparar la comida para Fernando y el mayordomo. Los perros, con la sutileza de su olfato, empezaban a arremetarse hacia la cocina, buscando al mismo tiempo el tibio calor del recinto, impidiendo a veces la entrada y sacados a chirlos por Manuel, que se ocupaba en ese momento de acarrear leña para el fogón.

—En una de las salidas de Manuel hacia el patio, y sintiendo el chirrido de la roldana del pozo, divisó a Aurora, que estaba sacando agua. Corrió hacia ella para ayudarla y al mismo tiempo aprovechar para hablarla, ya que don Anastasio estaba por los alambrados y doña Ramona ocupada en la cocina.

—Decime la verdad: ¿pensás

—¿Qué dices? —dijo imperativo y amenazador Fernando, queriendo agarrar de un brazo. —¡Jura Mataco! ¡Jura Tigre! Sólo nombró a dos de los más bravos, para que la demás cachorra se callara y volviera a su sitio.

—¿Cómo se ve que hasta los perros me consideran casi un extraño!... —dijo medio sonriendo y mirando con cierta intención a los ojos de Aurora.

—Es que entuavía no le han tomado confianza —contestó ella con humildad y bajando la vista.

—¿Y usted, al parecer, tampoco, no? Porque es lástima ver que le disparas a su propia mujer linda y capaz de hacer feliz a un hombre...

CRUCESE DE PALABRAS

Grid for the word search puzzle. The grid is 15 columns wide and 15 rows high. Roman numerals are placed in the grid to indicate the starting positions of the words. The grid is partially filled with letters and numbers.

Cada columna tiene un número romano. Los números árabes indican el orden de las palabras en cada columna

- HORIZONTALES
I. — 1 Humada y bébese en Bruselas. 2 Iluminación en compañía. 3 Falta a un mandamiento. 4 Faltan 5 Orden, criollada o humillación.
II. — 1 Antes de un accidente. 2 No le falta ni le sobra. 3 Torpes. 4 Me gustan quemadas.
III. — 1 Al Sur del Cantábrico. 3 Véase Longobardi. 4 Merece un marcho. 5 Condimentia.
IV. — 1 Puede ser anacrónico. 2 Dibujado sin ley. 3 En Galicia Cisalpina. 4 Apócrifo. 5 Luz de anticuario.
V. — 1 Agua que no has de beber. 2 Prefijo. 3 Curas. 4 En Provenza o termal. 5 Antes de Telmo.
VI. — 2 Jardinera. 3 Antes de Tilgelo y de Bona. 4 En la Coruña.
VII. — 1 Jesús Rey. 2 Serpiente musical. 3 Rodilleras de brazo. 4 Indefinido.
VIII. — 1 Serpiente negra. 2 Que callan. 3 Esclavo lujoso.
IX. — 1 Uno. 2 Club. 3 Adornar puertas. 4 Principio de almacén.
X. — 2 Lo desentonó Moisés. 3 Manso en el zodiaco. 4 Abrir la boca.
XI. — 1 Ciganda horizontal. 2 Cuidado! 3 Signo. 4 Eternidad. 5 A espaldas del imán.
XII. — 1 Rio. 2 En un otoño de... (El solterón), 3 Fe

(La solución en el próximo número)



—Vea Fernando... Yo... no puedo dir... donde dice usted. Además, mi tata...

El Ciego en la Casa

ERA poco antes del noventa. Existía entonces en Buenos Aires la llamada Recoeva de Monserrat, edificio que tenía media cuadra de ancho, desde la calle Belgrano al callejón del Pecado. Tenía un corredor arriba, correspondiente al de la planta baja. En ambos, y sobre la plaza, abriábanse las puertas y ventanas de las habitaciones, y todo asemejaba a un gran palomar puesto en el suelo.

En una de esas viviendas moraba doña María la Gallega, que guañaba a Martina y sus muchos hijos las piezas delanteras. Salvo el patio de ladrillo, dos puertas decoradas en un decorado muro, correspondientes a una pieza grande, partida por un tabique de madera alto de un par de metros, que fuera de luna hasta la memorable noche en que cayó al suelo, rasgada la tela y rotó el tirantillo a furibundos garrotazos de ciego. Lo de ciego no ha de ser tomado metafóricamente sino en parte, por haber sido desgraciado a oscuras. La otra parte de la expresión es legítima, pues un ciego capitaneó la garroteadura dirigida contra cierta invasión de escandalosos gatos, que, a pesar de tan prevenidos defensores, renovaron sus ataques hasta los días hoy muy lejanos en que una concienzuda e implacable demolición concluyera con la colonial recoeva.

Tal preferencia gatuna por el habitáculo de doña María la Gallega no tenía su explicación en las ratas, grandes casi como sus felinos enemigos, pues éstas chapaban por lo común en las profundidades del excusado y se deslizaban en los albañales, tanto de aquella como de las demás miras de la recoeva. La explicación consistía en que, en la casa, había nacido a vivir un ciego; en que ese ciego era limosnero, y en que las limosnas no se las daban siempre en monedas de cobre, valor de uno, dos y cuatro centavos, sino también en carne, mucha carne: carne de vaca, carne de ternera, carne de cordero, que doña María, si le daban tiempo, metía en el barril de la salazón, y sino, dejaba colgada de ganchos y cordeles dentro de la pieza.

La dicha no suele ser advertida sino cuando se la pierde. La de los durmientes de aquella casa pertenecía a una época anticuista. Porque, hasta la llegada del ciego, i que les había significado una que otra serenata de enamorados melancólicos, o los combates librados por los mismos contra los formidables roedores, ahí, en el patio lunado o sombrío, a un par de metros de los catres?

Pero, a la sazón, era bien otra cosa. Con la llegada del vaso don Pedro, una nueva sensibilidad se había adueñado de los habitantes de la casa toda. El ciego no aguantaba pulgas, ni figurado ni realmente; menos aún gatos: gatos que saltasen al respiradero de la pieza y, desde allí, a los colgajos carnes, haciendo a veces que contendidos huesos o pegajosas pulpas cayesen en la cabeza de los acostados. Al más leve ruido indicador de que el asalto se produciría, don Pedro ponía el grito en el cielo, con su acostumbrado y colérico "¡arráyan!" y la alarma cundía. A este toque de rebato, seguía un suplicante "¡vayáanos Dios!" de doña María, que trataba de hacerle por todos los medios grata la pensión al productivo ciego; un rebullir con barbotos de su hijo Salvador; un respaldado fuera de compás de su compañero de cama y marido, don Juan, tan paciente para dormir como para hacer de lazarrillo a don Pedro, y un bético apronte entusiasta de los tres mozos corrañeros de doña María, que nocturnamente tabique por medio, uno a los cuales, Antonio, gaitero profesional, se merecía el reconstructor odio del ciego, a causa precisamente de su gaita; pues era opinión del privado de la vista que ese instrumento, que el mozo tocaba por las noches, producía un auténtico y magistral maullido, en lo que se prolongaba de gata enamorada, más traedor de paranderos gatos, en la promesa de la carne del pecado, que ganchos y barril de salazón con la otra carne del natural alimento.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

En cuanto a los niños, venían el miedo de tales transportes soportaban los arañazos a través de la arpillera y los sobresaltos violentos del preso, con que a veces lograba evadirse a pocos pasos de la casa. Tanto valor se le infundía la perspectiva de la paga que por cada gato acarreado había establecido doña María: un gran cobre de cuatro centavos, cuyo sol radiante era la materialización del contenido de los chiquillines.

Cazados como a salto seguro de lebrei, en el patio, a la hora de la siesta, o cuando se prendían de alguna gran pieza de carne, medio metidos en el barril del cuarto, doña María había despachado de allí al barcino agol de las mil travесuras al amarillo, rojizo, bigoteado, de las morduras de estingo sobre el muro lino, al blanco y negro de la ventana arriba, que la valió de la misma catapulta de insultos y el arrojado de basuras sobre sus ropas tendidas al sol. A buen número de gatos había hecho desaparecer la infatigable cazadora. Pero nunca imaginó que, antes de disminuir, esos animales aumentasen como habían aumentado. Cierta es que, al principio, los niños arrojaron algunos lo suficientemente cerca para que volvesen, temerosos de que se agotasen. Pero doña María sabía distinguir. Los gatos de ahora eran jóvenes, raudos, escurridizos. Ella los había visto crecer. Seguramente pertenecían a una nidada de año atrás, cuando la intragran ciertos gemidos como de seres recién nacidos, provenientes del otro lado del muro. Se había asomado entonces a ese pasaje sacudido, y sólo había visto un amontonamiento de escombros y tachos de albañilería, y entre todo eso, muchos huesos, que los creyó reveladores de los robos que los animales le hacían, pero que habían correspondido, más que a tales robos, a la carne que la señora regalaba a doña Martina, y que ésta, desconfiando de su estado y en resguardo de la salud de sus familiares, tiraba, cuando no la veían, al otro lado de la casa.

No bien llegados doña Martina y los suyos a vivir en la recoeva, y de ello hacía ya un año, Simoncito habíase dedicado a explorar los contornos. En un extremo del gran baldío trasero, las aguas llovidas habían formado un lago que muchachos mayores navegaban a veces en improvisadas balsas. Una de las tardes en que, acompañado de Tona, Simoncito andaba por allí, el lago se hallaba tan solitario como el terreno. Abortos en aquella soledad solitaria iban los niños errantes. De pronto vieron que otro chico salvaba el derruido muro y venía hacia ellos portando en una mano cierto colgante atado. Era el Fonderito. Cuando se acercó, dijo:

—¡Mi mamá se manda.

Y sin más, puso en el suelo el atado, lo abrió, sacó uno de los rebullentes objetos que contenía y lo tiró como una piedra, muy por lo alto, para que fuera a caer en medio de las distantes aguas. El proyectil, desde lo más elevado de la curva, lanzó un gemido que parecía el rugido de un niño de teta, y, en medio de la luz y del espacio, abrió cuatro patitas.

—¡Gatitos! — gritó a todo Simón, arrojándose sobre el Fonderito, quien, reptiendo "mi mamá se manda", logró tirar un segundo mamónico a las aguas.

—¡Dámelos!

Así diciendo, Simón se había puesto de un salto entre los gatos y el Fonderito, viendo lo cual, Tona, arrebatada por el mismo ímpetu, tomó el trapo por las cuatro puntas y se alejó con él como con un botín de guerra.

El Fonderito vio que su nuevo vecino se encendía de coraje y que otro tanto le pasaba a la hermana, dueña segura ya de la nidada. Comprendió que no se la habían disputado para tener el placer de ser ellos quienes, a su vez, arrojaran al lago los gatitos, y se fué retirando.

Metidos por un resquicio, esos pequeños seres gimientes fueron luego dejados detrás de la puerta posterior del pasaje cerrado, cubiertos por un tacho a medio tumbado. La madre los halló, y juzgando bueno y seguro el reparo, los crió allí, a sus pechos primero, y más tarde con la carne que traía de la casa de al lado, donde — misterios de la existencia! — había venido a vivir un ciego

que era tanto la providencia de los gatos como su más trácundo enemigo.

Doña Martina, la ocupante de las piezas delanteras, sentía inmensa compasión por don Pedro, pues, además de la causa de su ceguera, que la conocían algunos, estaba enterada de lo que nadie sabía en Buenos Aires: de la causa de una segunda gran desgracia caída sobre el infeliz: la de la separación con su mujer.

En la Banda Oriental, trabajando en una cantera, la explosión de un barrero había dejado ciego a don Pedro, quien padeció, más que de la falta de la vista, de su lastimado orgullo de hombre trabajador; pues se halló en el caso, que jamás había imaginado, de tener que vivir a expensas del producto de la plancha de su mujer y de su hija mora. Pero esto habría sido llevadero, por poco que ambas compañeras tratasen de alejarle sus escrúpulos. Lo que lo trastornó hasta en las más hondas raíces del ser, fué el enterarse a poco de que su esposa lo engañaba con otro. Quiso matarla. La hirió con un martillo en la cabeza. Su hijo lo separó, llevándolo a vivir solo con ella; hasta que, casada, ideó don Pedro irse a Buenos Aires, aprovechando la partida de un conocido. Y aquí estaba ahora. Su amigo Juan Basterrechea lo acompañaba, y juntos recorrían por la mañana algunos barrios, torando al mediodía con un centenar de monedas de cobre en los bolsillos y repleta la alforja de elementos de boca.

Alto y apretado de carnes don Pedro, rechoncho don Juan, surgen la imagen de un Quijote ciego cuya lanza hablase transformado en háculo, y un Sancho que, tomándolo del brazo, le sirviese de lazarrillo. Solamente eran iguales sus boinas oscuras.

Fumaba don Pedro en un pitillo blanquísimo, largo, hecho como de tiza, la cánula fina y recta y el cazolín como un huevo de paloma tronchado que tuviera debajo un rabito. Palero y muy quebradizo, ese delicado objeto simbolizaba el carácter del ciego.

En el vestíbulo de la casa, siguiente al saguán, doña Martina tenía sus hornallas, y daba por lo general las últimas vueltas a sus guisos cuando ciego y acompañante regresaban. Como entonces era raro que no oyera a doña María murmurar alguna pulla referente a lo "carajiditos que vendrían los señores!", aludiendo no a la mucha carne de que los cargaran en el mercado, sino a la mucha aceptación de copas convidadas por los almaceneros con un generoso "¡pasa a tomar algo!", la inquilina, condolida siempre de la suerte del ciego, preparaba sus consabidas frases hábilmente armoñizadoras de todos los ánimos.

—Ya van viniendo — decía —. Ya vienen llegando San Juan y San Pedro. Aquí están. ¡Aquí los tenemos a los dos, a San Juan y San Pedro!...

Y el tono con que los recibía doña Martina era renovada prueba para don Pedro del afecto sincero de aquella buena señora que le escribía las cartas para la hija y cuyo muchacho mayor le hacía los giros de dinero para la misma.

La faz pálida y angulosa del ciego, enrojecida constantemente por un ensimismamiento sombrío, llenábase entonces de gozo, como si de golpe hubiese recogido la luz y el color de la plazuela que acababan de dejar a espaldas.

—¡Hay! buenos santos siendo nosotros — respondía. Y así aludía, a su vez, como para disculparse de "los gajes" del oficio, a los cargaditos de alcohol que en realidad venían.

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.

El joven gaitero saldría el próximo domingo de romería, calle Buen Orden al Sur, hasta Barracas, sonando en su gaita el Himno

El calor de diciembre, en esa calma noche de luna, no invitaba a ganar la habitación desde temprano. Pero don Juan lo hacía siempre, y ya ronchaba, poco después de la cena, a pesar del diálogo entablado a través del tabique entre su mujer y Antonio.



la mano temblorosa de grima.

Una rata y luego otra, se burlaron en el excusado, y la gata tricolor, madre de la nidada histórica, contemplaba indiferente el desfile de los roedores desde el muro lino.

Si por lo común estaba don Pedro preocupado, entonces lo estaba mucho más. La carta de su hijo, que esa tarde le había leído doña Martina, le enteraba de que su mujer se permitía gestionar ante la empresa de la cantera, una indemnización o pensión para ella, por la desgracia acaecida a su marido, pues que, debido a tal acontecimiento, "había quedado como viuda". Su "arrayana" habría podido ser, en consecuencia, un arranque de indignación provocado por el desamor de su odiada esposa, en la que en ese momento pensaba. En cuanto a Antonio, por más que el ciego llamase "¡a los gatos!", no estaba dispuesto a secundarlo. Bromas a un lado, le fastidiaban ya los repulgos de don Pedro por la gaita, cuando él no los tenía por la carmaza que traía en su bolsa de perdidero, única causa de la invasión de los felinos y aumento de los punzantes y crasos olores de la habitación.

Doña María, que estaba hecha el demonio, lo incitó, sin prudencia alguna, a que continuara por esa cuerda. Y él prosiguió, humorístico:

—O ciego dice que los gatos enamorados da azotes fan o eso a gaita.

—¡Demo de vaso! — reía doña María. Y percibiendo que el mozo descolgaba su instrumento del tabique:

—¡Sóprala, rapaz! — le dijo. — ¡Sona a gaitita!

Comprendió Antonio que doña María deseaba para ella algo así como un anticipo de esa fiesta de Barracas en la cual no tomaría, parte, y rompió con una mueca que supo a gloria a su vecina, quien estuvo a punto de acompañarla con castañuelas y ponerse a bailar.

Pero la fatalidad quiso que en ese momento se trabase en el patio un combate entre algunos gatos, cansados de esperar el momento propicio para entrar a la habitación, y las ratas, que, más atrevidas, iban y venían de ella a placer.

Chillidos, susurros y revuelos de los combatientes en sus briosos agarres, pusieron de pie y en tensión a don Pedro, el temblor de cuyo pitillo blanco, entre sus finos labios, indicaba el grado de su cólera. Había estado adviniendo hacia rato el estallido de ese combate, que ahora se libraba ahí mismo, a sus plantas, pero que no lo hubiera irritado tanto a no producirse junto con el sonar desvergonzado de la gaita de Antonio, y a estos sonos no se hubiese aumentado patentemente, como para estar de acuerdo con lo por él tantas veces advertido, el maullar lamento y tráxico de los otros gatos de la azotea, en sus dios de amor.

—¡Matar, concluir con todos! — vociferó don Pedro, moviéndose como para apartar a los bichos que momentos antes le habían volteado el pelo que tenía recostado en la pared y al que deseaba tocar con los pies antes de agacharse a empujarlo. — ¡Matar sin asco!

Y ya se había inclinado y levantaba en alto la vara, vibrante como todo él, cuando, tras un rugido estridente y un revolver furioso y viberoso, cayó sobre su cabeza, desde la azotea, un par de gatos electrizados.

Los animales del derrumbe arrebataron a su paso, e hicieron trizas contra el suelo, el enendido y humeante pito del ciego. A lo que éste rugió más que sus despojos, trenzados y rotantes todavía sobre los ladrillos, y contra los que arremetió a garrotazos.

—¡Arráyan! ¡Mila demonias!

Acertó posiblemente a dar en ellos alguna de las tantas veces como descargó el arma. Pero siguió dando de palos a diestra y siniestra, aun cuando lo que caía al suelo, a tan menudadas golpes, aumentando con variedad de nuevos sonidos el concierto, no fuesen enemigos puestos fuera de combate, que ya ellos vibrarían alejados voluntariamente en las reganadas alturas, sino tachos y ollas de doña María y macetas florecientes de la buena señora secretaria del batallador.

Esta y otras vecinas, que abanicaban su plácido discurrir en el corredor de afuera, acudieron al lugar del batifondo sin atreverse a salvar el vestíbulo. Tampoco se movían de la pieza, en cuya puerta asomaban, don Juan y doña María, no fuese que aquel remolino de estarcos, cuyo energético centro era el enloquecido ciego, diese en tierra con ellos muertos o malheridos, ya que no con los gatos.

Y por qué no debía Antonio de sonar la gaita? ¡Cómo se explicaba que así prosiguiera con más aliento que nunca, sacando de ocos y tubos aquella cuerda sin fin de aire languido y zumboso, que tenía de maullar y moscardoneo y que a veces se enrollaba, como si la sonora cuerda se retorciera acétsimamente, y otras, seguía lisa, nostálgica y distante, como arrojada a la caza de un fugitivo ser espectral?

Misterio.

Al primer recobro de fuerzas intentado por parte de don Pedro, su amigo don Juan se le echó encima y lo abranó, pudiendo reducirlo a sosiego gracias al vascuence, en cuya lengua le dirigió palabras suplicas y reprensivas a la vez.

—¡Alabado sea Dios! — respiró doña María.

Pero esta exclamación debió repetirse muchas veces luego, desde la cama, a continuación de los "¡arrrayas!" solitados por el vaso desde su respectivo catre; pues Antonio, en el delirio del gusto que antes diera con su instrumento a doña María, y como para afirmar de una vez por todas que su gaita reinaba en la casa con los buenos suspiros de la duena, no cesó durante horas de llenar de sonoliento rumbido y furelleteados maullidos el espacio de la caldada habitación, hasta que allí, por las dos de la madrugada, el último "¡alabado sea Dios!" subrayó el hecho de que el mozo colgase la gaita en el tabique, detrás mismo del lecho del mohino y requemado ciego.

El alegre comentario de los cocheros que detenían sus vehículos en la plaza, esparció por las fondas de la recoeva y en el vecindario todo, la noticia de que a Antonio González le habían robado la gaita.

—¡Por fin se va a reír el ciego!

Eran las once de la mañana cuando Antonio había ido en busca del vigilante. Dió con el mismo que procediera el año anterior a propósito del ratero a quien doña Martina había visto disparar y que se llevó de la pieza un reloj descompuesto y unos botones de cobre, dejando milagrosamente sin tocar un pantalón en que Antonio tenía algunas pesas.

—Debe ser el ratero ese, amigo, que se aprovecha de su sueño pesado — le respondió el vigilante, desentendiéndose de la tarea de averiguar a los vecinos inmediatos, entre quienes el robado pretendía que esta vez se hallaba el ladrón.

—¡Levántame o diabli! — exclamaba doña María, alarmadísima ante la posibilidad de tan grave complicación. — ¡Mal pensado de rapaz! — agregaba por Antonio.

El representante de la autoridad se fué. Que el damnificado hiciera, al lo deseaba, una exposición en forma, pero en la comisaría. El se volvió a su esquina y daría parte al superior de ronda.

Quien quedó en la casa, con el escorzo de una mortificante sospecha fué doña Martina, porque esa mañana sus chicos Tona y Simón fueron llamados misteriosamente por el ciego, el que les entregó un bulto, como solía hacerlo doña María con los gatos: sólo que nada se sacudía ni maullaba dentro.

—¡Qué llevaron ustedes? — les preguntó, cuando estuvieron de vuelta.

—Un gato muerto.

—¡Hum! — Habría más de uno: era grande el bulto. Nosotros no sabemos.

—Y ¡dónde lo echaron?

—En el hueco.

No conformaron estas respuestas a doña Martina. Si es que don Pedro había dado muerte, con sus tremendos garrotazos de esa noche, a algún animal, ¡cómo es que él, siendo ciego, era el único que lo había visto? Y ¡por qué habría de alejar el cadáver con tanta prisa y sigilo? ¡Acaso porque el matar a un gato trae desgracia, según el sentir del ama?

Doña Martina no esperó más. Se asomó varias veces a la puerta, hasta que dió a un muchacho del barrio el encargo de buscarlo en el hueco el bulto misterioso.

Vanamente registró el muchacho, en el charco y en tierra, el indicado lugar. Y en la casa fué pasado ese mediodía sin regreso de ciego y lazarrillo, lo que dió pábulo al gaitero para aludir más que nunca al maldiceo vaso.

Ni el apenado músico ni la desconcertada doña María imaginarian que el mismo asunto habría de tener en ascuas a la vecina delantera. Y así estuvo hasta que vinieron los niños de la escuela. Entonces los llamó a solas, y, antes de que les empezara a hablar, la niña le declaró:

—Todos dicen que a Antonio le robaron la gaita.

—¡Todos! — repitió Simón.

—¡Sinvergüenzas! ¡Y ustedes se hacen los que no saben nada!

¡Inmediatamente vayan al hueco y traigan el bulto que les dió esta mañana don Pedro! Traiganlo, o, sino, el comisario, que va a venir dentro de un momento, se los llevará presos. Y yo no iré a sacarlos. Se pudrirán los dos en el calabozo.

Enrojecieron los hermanitos del sofocano. Como si con la devolución del bulto hubieran de devolver, asimismo, las tortas guarangas que tenían en el bolsillo, compradas con los últimos cobres de la pingüe paga del ciego, sacáronlas durante el corto viaje y fuéronselas engullendo.

El bulto de esa mañana no había sido echado en cualquier parte. Tona, intuitiva, y asegurándose con eso tan buena suerte como cuando dejaron los gatitos, lo había puesto en el mismo agujero de la puerta sacrificada del pasaje, a pocos metros, por lo tanto, de la casa.

Doña Martina recibió el bulto. Viendo que sus hijos traían la cara embarrada con el gáster negro de las tortas, comprendió que no necesitaban más.

—¡Vayan a jugar un rato a la plaza! — les dijo, despidiéndolos. Sola, encerrada en la pieza, abrió el atado, y vio que, entre un barullo de disimuladora arpillera, contenía la gaita.

Aquella malhadada noche, el afán de venganza había podido tanto en el ánimo del ciego, que lo llevó, doblemente envejecido, pero con seguro tacto, a pasar la mano por encima del tabique y soliviar de ese modo el gatuno instrumento.

La demora de ciego y lazarrillo fuera de casa, confirmando en su creencia al mozo gaitero, decidiólo a hacer la denuncia en la comisaría. Con ese fin cruzaba ya el patio e iba a salir, cuando doña Martina lo atrajo y se lo encerró con ella.

—Me va a prometer usted no averiguar quién le robó la gaita y yo se la devolveré — le dijo, de sopetón.

Aunque maravillado, Antonio quiso cuestionar. Pero su contenido crecía a la idea de recobrar su gaita; por lo que le juró a la buena señora todo cuanto quiso, y era que no averiguaría quién fue el ladrón; que no se vengaría si llegaba a saberlo, y que, de ese día en adelante, tocaría el instrumento solamente por las mañanas, si es que lo tocaba.

Y lo tocó. ¡Bien que tenía que hacerlo, para no perder su habilidad y con ella su fama!

Y de esa suerte fué cómo no reprodujo ya el martirio de los durmientes de la recoeva, y cómo, por el contrario, operó el milagro de dar contento a doña María, deleitada más que nunca en sus sonos, y de darle, al mismo tiempo, al ciego, porque no los oía, pascundo como se hallaba, a esas horas, del brazo de su pacífico amigo, para efectuar la habitual colecta de tintineantes centavos, carnes frescas y ardientes copas.

POR EDMUNDO MONTAGNE ILLUSTRACION DE PAPPACIOLI



de Riego, acompañado por un tambor y seguido por los romeros. A propósito de esa fiesta campestre, evocaban la de la común "terrina" lejana.

—¡Al, lelele! — entonó doña María, para demostrar al joven que no ignoraba el "alala" de amor picaroso al que él acababa de referirse. Y entonces Antonio se animó y lo cantó a voz en cuello:

"Se querés saber, nefina, o que o teu amor será, preguntálo a flor de cardo a noitita de San Xuan."

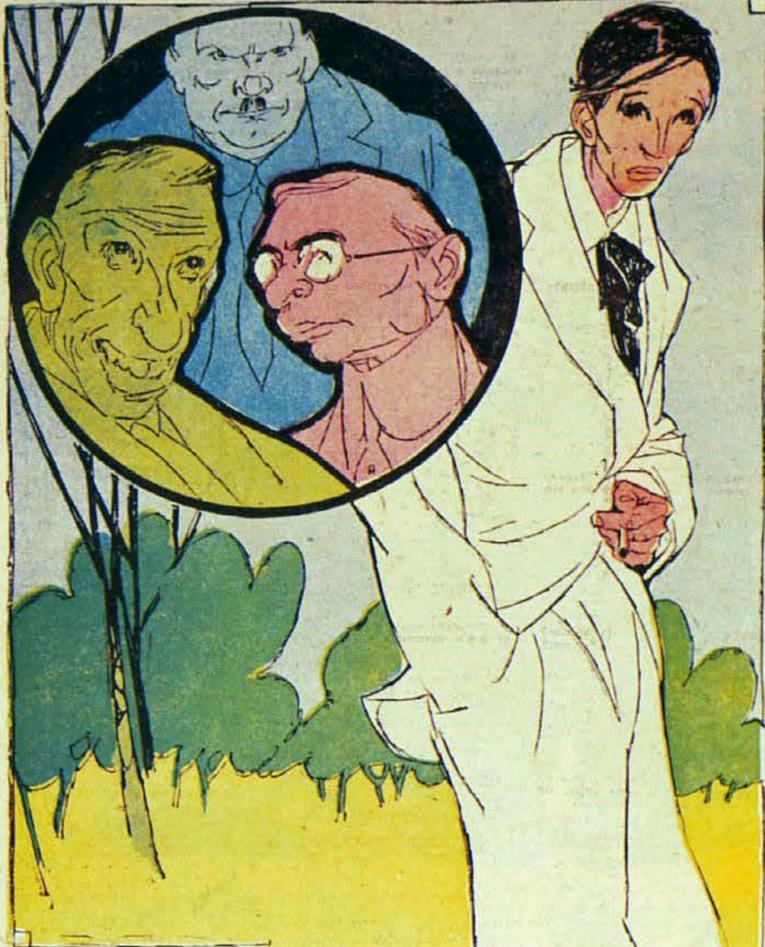
—¡Demo de gaitero! — exclamó doña María, riendo como si le hicieran cosquillas.

Desde el patio vino hasta ellos un tremendo "¡arrrayá!", de esos con que don Pedro solía tocar a rebato.

Los dialogantes se preguntaron "por qué", puesto que, si bien unos gatos maullaban, lo hacían en la azotea.

Doña María se corrió hasta la puerta, y vio al ciego sentado al claro de luna, fumando su fino pitillo blanco, hacia el que llevaba





Se separaron con un apretón de manos sin mirarse a los ojos. Ella siguió por Corrientes y él se fue por Esmeralda. La vida empezaba de nuevo.

Vivía un poco alejado de todos porque todos lo habían traicionado. Algunos en su fe, otros en su confianza; los menos en el respeto.

Caminaba obsesionado, indiferente al afficha callejero. Y las cuadras se fueron sucediendo con la misma obsesiva preocupación: tal vez algún día podría jactarse de una soledad perfecta. Ahora sólo le preocupaba partir. Alejarse.

Buenos Aires ya había satisfecho una por una todas sus antipáticas y queridas iras. Lo habían hastiado los hoteles de un peso y las cenas sin apetito en los fondines baratos con cantos en coro.

Todo le molestaba: la tolerancia de su familia, el cerebralismo de sus amigos; la indiferencia de sí mismo. Únicamente su novia le compensaba de toda esa porquería. Y decidió también romper con ella.

Caminaban por Corrientes.
—Será mejor que no nos veamos más.
—¿Pero vos estás loco?
—Tal vez;

En el fondo sentía rabia por su cobardía. Le huía a la felicidad, pero él sabía que no la merecía.

—Créeme que voy a la única salida. Así no será a ninguna parte.
—Pero yo te quiero...
—Ya te acostumbrarás.

Se separaron con un apretón de manos sin mirarse a los ojos. Ella siguió por Corrientes. El seguía caminando por Esmeralda.

Su vida había sido una línea recta, primero con los demás, para poder ser así consigo mismo. Pero la vida de los demás le había empujado al alma y no sabía vivir porque no quería adaptarse. Sentía asco por sus amigos que escaltaban posiciones rematándose todos los días. Podía explicar la historia turbia de cada uno: aquel viviendo de el flanco de su mujer; aquel otro ocupando un puesto en un diario por razones de alcoba; aquel enriquecido al margen del Código de Comercio; aquel, Primer Premio Municipal con incubadora de gurnas.

Y siempre la obsesión de partir, alejarse, buscar otras ciudades, pensar en otro idioma.

Sintió que le abrazaban.
—¿Cómo te va?
Era un amigo que hacía tres años no veía. Entraron en un café. Tres años sin verse y parecían ayer. Las preguntas vertiginosas no explicaron nada.

—¿Qué es de tu vida, qué contás?
—¿Qué podía explicarle de su vida? No lo comprendía. Y pensó que antes se veían todos los días, por costumbre; como toda la vida: por costumbre. ¡Bah!...

Lo encontraba igual que antes: sin preocupaciones, tranquilo, con la misma ropa, la misma corbata, su mismo afán por lo trivial.



—¿Te casaste?
—No.
—Y tu novia; aquella muchacha; ¿cómo se llamaba?
Quiso decirle la verdad, que recién la había dejado para siempre, pero le pareció mucho trabajo.
—Se murió.
—Ah... sí...
Se despidieron.
—Hocete ver, hablame por teléfono.
—Si, un día de estos arreglamos y cenamos juntos.
Estaba seguro de que no lo vería más.
—Hacete ver, hablame por teléfono". Francamente la vida era una porquería.
Recordaba otras vidas. Había trabajado en una casa de comercio. De esto hacía tan poco tiempo que casi no se acordaba.
Había tres crápulas que la dragoneaban de titulares.
El más viejo era alto, de cara atorrajada, y dientes paleta. Era el cretino personificado. Se creía insustituible y era un imbécil con cuello limpio. Recordaba su andar mastodóntico y una de sus íntimas satisfacciones era la poca beligerancia que le había dado.
Los otros dos eran dos idiotas con ripoll. El más viejo usaba unos cuernos duros tantamagóricos y caminaba como el ratón Mickey. El otro, con los brazos en ángulo recto, siempre estaba conveciente de alguna enfermedad imaginaria.
Recordaba la transcendencia pedantesca de aquel ambiente de cretinos con mucha plata en los Bonos Fructíferos, y se reía solo.
Pero la imaginación, fiel a su destino, matizaba aquellos recuerdos ridículamente ingratos con las horas amables con los compañeros de oficina. La excepción a la regla era el gerente: 90 kilos de atletismo leyendo "El Gráfico" todas las semanas. Pensó que todavía estaría sentado en el mismo banco, frente al mismo escritorio, escribiendo con la misma lapicera, respetando el mismo horario, desforzándose en los mismos cálculos, y sintió un placer sá-

dico por su vida distinta, desapegado a todo lo trascendente, rabiosamente antisentimental.

Ahora vivía en el suburbio. ¿Quién no tuvo una novia en el suburbio!

Se habían conocido en una fiesta vulgar. Y el patio empujado, frente al asombro de los más, había sido testigo mudo de aquel primer encuentro.

La recordaba sin rencor. Pensó que debía buscarla y olvidar así la prestancia de su nombre: Marta. Vivir de nuevo, aferrado a la vida, consumiendo un poco todos los días y echando a perder todo el encanto de las primeras horas. Pero tuvo miedo de que fuera distinta, de que tal vez no la recordara y prefirió pensar en otra cosa.

Ahora era un chiquillo de guardapolvo blanco que iba a la escuela. Quería estudiar. Aquella maestra de 40. grado se lo repetía con una insistencia de martillo. Hay que estudiar mucho; estudiar siempre; todos los días. Aún después de haber encuadrado el título...

¡Pobre maestro de cuarto grado! No hacía muchos días la había encontrado por una calle del centro, vieja, flaca, mal vestida, con la mirada perdida. No la reconoció al primer instante. Se acercó, para saludarla.
—Retírese.
—He sido alumno suyo. ¿No me recuerda?
Lo miró fijamente sin poder eliminar sus pensamientos. Hubo un silencio de tráfico.
—No sé, no importa, déjeme tranquila...

Ahora se reía pensando que se había solidizado con su angustia. ¿Qué le importaba a él que su maestra de 40. grado viera angustiada! Como se arreglaba él. Como debían arreglarse todos. Al prójimo hay que darle sólo alegría. Lo demás es un cuento chino.
Y siempre la obsesión de partir. Partir de uno mismo, que es lo más difícil.
Un día se fue. Como se van muchos y como se irán muchos cualquier día de mañana. No le tenía miedo a la vida y era consciente de su destino. Era para otros la tranquilidad. Los días eternamente iguales, la consuetudinaria vuelta que aburguesa. En el puerto lo despidieron con cuatro amigos indecorosos y se hizo una palabra en el recuerdo.

Por
Victor Luis Molinari
Ilustración de Guida

